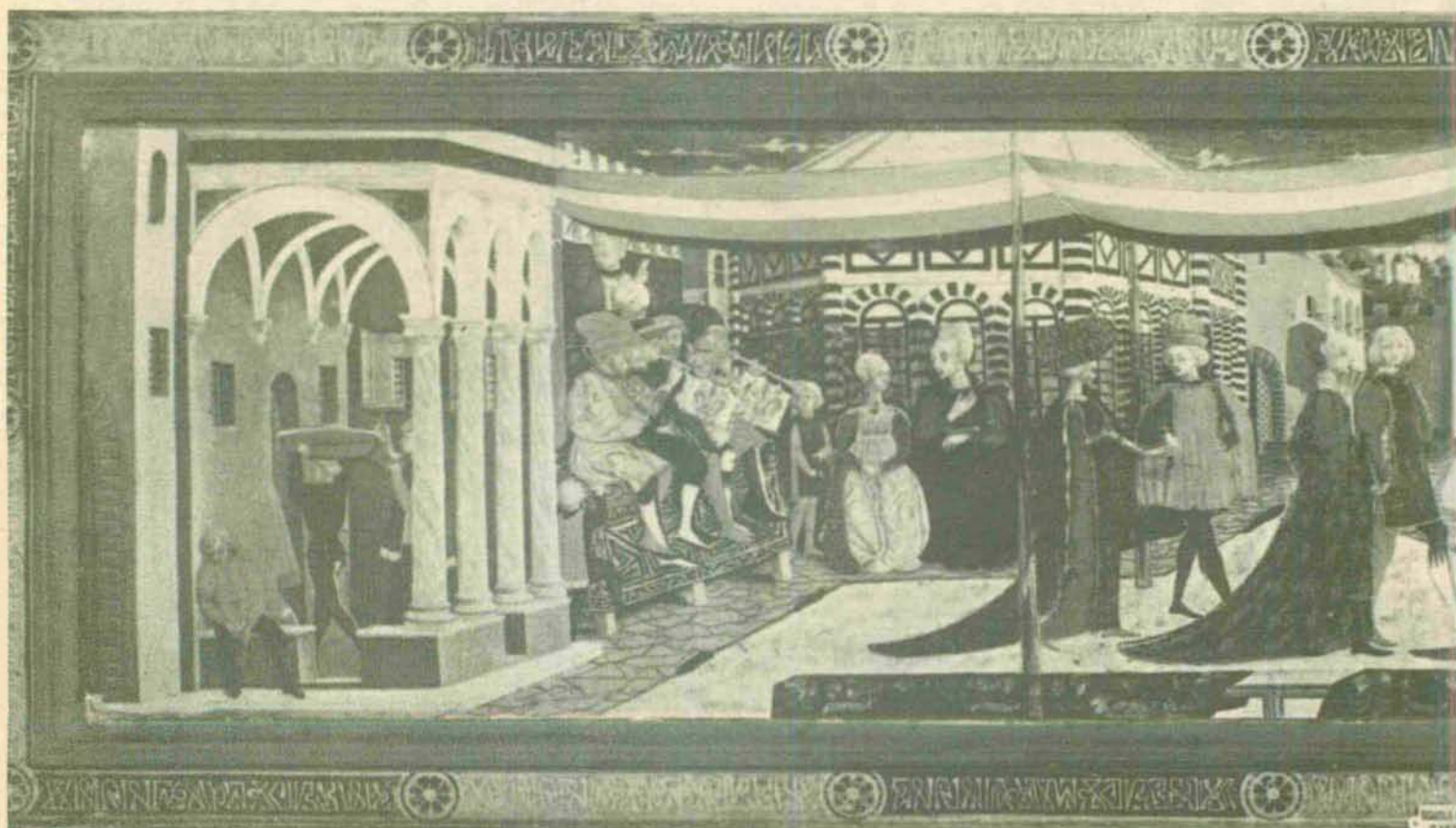




Si su trabajo como actor le ha dado una popularidad y un prestigio sobresalientes en nuestro país, la personalidad de Fernando Fernán Gómez no se agota en esta faceta. Por el contrario, su trayectoria se caracteriza por una inquietud intelectual que le ha movido a abordar muy diversos campos expresivos. Cine, teatro y televisión han sido los más habituales (y todos recordamos films como «La vida por delante» o «El extraño viaje», montajes como «La sonata a Kreutzer» o «Mi querido embustero», programas como «Juan Soldado» o «El pícaro»), pero no hay que olvidar que Fernán Gómez es también el creador del premio «Café Gijón», y el autor de la novela «El vendedor de naranjas», de algún libro de poesía y de las obras teatrales «Marido y medio» y «Pareja para la eternidad».

Precisamente es una obra de teatro suya —«La coartada», finalista del premio «Lope de Vega» en su última edición— la que ahora ofrecemos íntegra en TIEMPO DE HISTORIA. Se basa (de ahí la publicación en nuestras páginas) en un hecho histórico: la conjura que, contra los omnipotentes Medicis, protagonizaron la familia Pazzi y un importante sector eclesiástico en la Florencia renacentista de 1477. Para la mejor comprensión de la obra de Fernán Gómez, advertiremos que su desarrollo no mantiene una continuidad cronológica, sino que va ofreciendo saltos atrás en el tiempo después de cada monólogo del protagonista, el padre Maffei, uno de los brazos ejecutores de la conspiración.



“LA COARTADA”

(Texto íntegro)

FERNANDO FERNAN GOMEZ

PERSONAJES

BLANCA DE MEDICIS, joven esposa de Guillermo de Pazzi.

ISABELA, hija del boticario Antonio di Prato.

LUCRECIA, madre de Isabela, mujer de Antonio.

ESTEBAN MAFFEI, joven clérigo.

MONTESECCO, bandido.

EL CARDENAL RIARIO.

JACOBO DE PAZZI.

BAGNONE, clérigo.

BEPPPO, mancebo de botica.

ANTONIO DI PRATO, boticario.

BEFFONE, ebanista.

CRIADO, de Antonio Maffei, padre.

PADRE, de Antonio Maffei.

MUJER, del pueblo.

FRANCISCO DE PAZZI, hermano de Jacobo.

GUILLERMO DE PAZZI, cuñado de Lorenzo de Médicis.

JULIAN DE MEDICIS.

LORENZO DE MEDICIS.

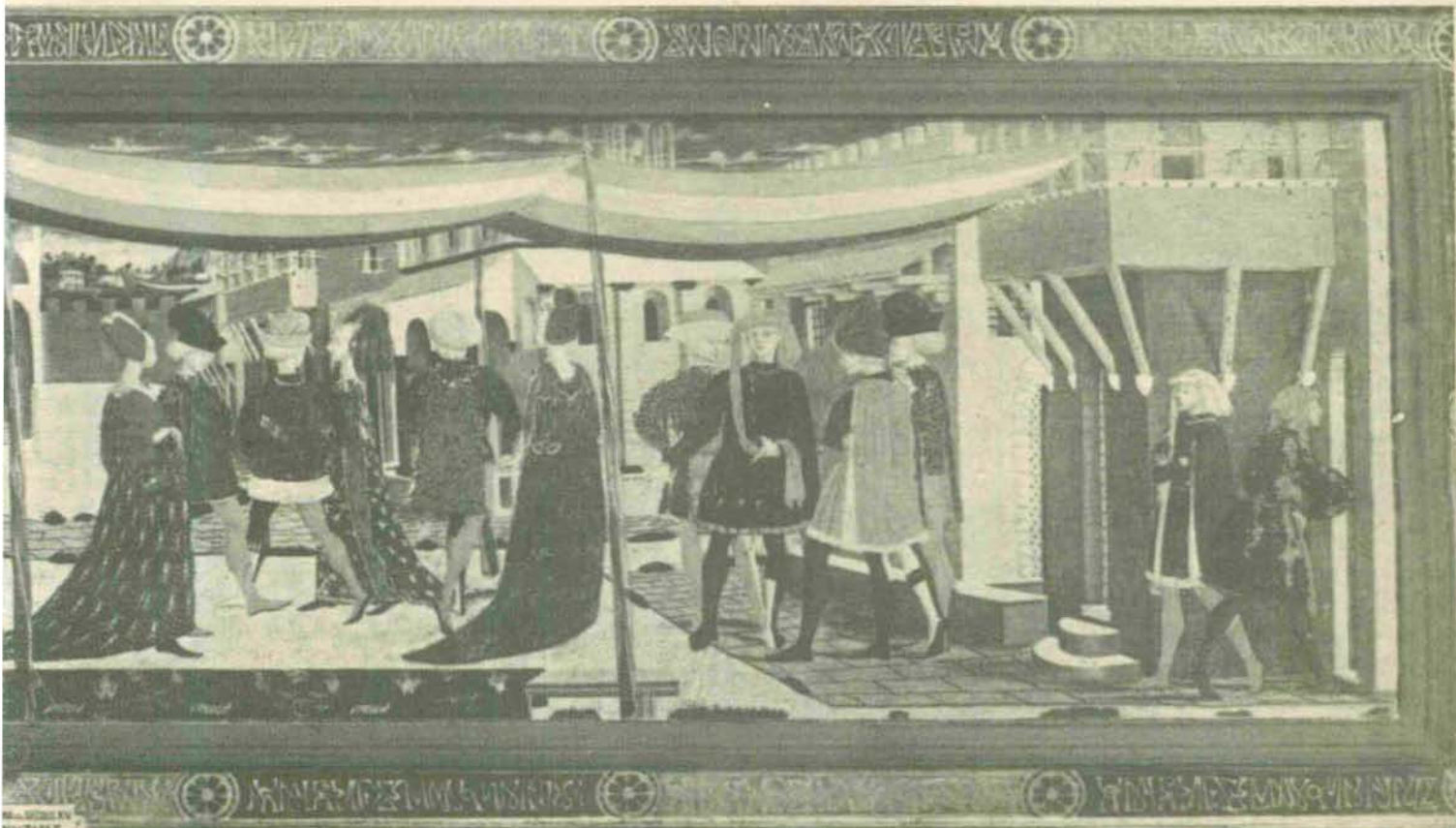
CLAUDIA, niña de doce años.

CORTEJO, de Lorenzo de Médicis.

CORTEJO, del Cardenal Riario.

SECUACES, de los Pazzi.

En Florencia, siglo XV



CUADRO I

Callejón en Florencia.

Tocan a rebato las campanas. Griterío que proviene de otras calles de la ciudad.

Entra, huyendo, Esteban Maffei. Habla como si otra persona le acompañase, pero esa otra persona no existe. Esteban Maffei esta solo.

MAFFEI.—¡No ha muerto! ¡No ha muerto! ¡Os digo que no ha muerto! ¡El no ha muerto, y nosotros no hemos conseguido nada! Ha muerto el otro, su hermano, pero él no. Corremos un gran peligro, Jacobo de Pazzi, un gran peligro... No trateis de engañarme, estoy cierto de lo que os digo. Aunque el rojo estallido de la sangre en la herida me nubló la vista, tuve fuerzas para verle marcharse vivo hacia la sacristía... ¿O lo habeis visto mejor que yo? ¿Podeis asegurármelo? Se formó tanto revuelo en aquel momento que quizá yo... Pero esto es un consuelo inútil. No, no podeis asegurarme nada. No me dejéis solo ahora, Jacobo de Pazzi, no me abandonéis. Vos sabeis que yo no he hecho nada. Todos vosotros lo sabeis. Lo sabeis mejor que nadie. Y el Cardenal Riario también sabe que yo no he sido, ¡no he sido yo! Hace años que no vivo en Florencia; me marché de estos campos, de niño. Soy ajeno a las luchas de esta ciudad, no conozco a los Médicis, ni os conocía a vosotros, a los Pazzi. ¿Cómo iba a haber hecho nada yo? ¿Por qué? Decidme, ¿por qué? ¿Tenía alguna razón, algún motivo? ¿Quién soy yo para hacer esto? ¿Quién, decidme? Explicadles a todos, a los jueces, a la familia Médicis, a los hombres de Florencia, que yo no soy nadie. A mí no me creerían aunque se lo

dijese a gritos y entre lágrimas, aunque me rasgase el pecho para hablarles con el corazón en la mano. Han enloquecido, y lo único que quieren es un culpable. Pero vos sabeis que ese culpable no soy yo. Explicadles a todos que yo no soy nadie. ¡Teneis que explicárselo antes que sea demasiado tarde! No podeis abandonarme ahora... Teneis que decirles a todos que yo no he sido, que no estaba allí, ni estaba en ningún lado, en ningún lado... ¡Lo sabeis, Jacobo de Pazzi! ¡No, esperad, no os marcheis! ¡No os vayais solo, no me dejéis! Yo no sé el camino. ¿Por dónde, por dónde es? Yo no soy nadie. Decídselo. ¿Cómo puedo haber hecho nada? Decidles que nunca he sido nadie. ¡Yo no existo ni he existido nunca! ¡Cómo puedo haberlo hecho yo! ¡Cómo puedo haber matado a Lorenzo de Médicis! ¡No corraís, no me dejéis solo!

Sale huyendo tras el otro

CUADRO II

La botica de Antonio di Prato.

Antonio, trabajando. Beppo, en traje de domingo.

BEPP0.—(Mirando un frasco de botica que alarga a su maestro).—¿Y esto qué es, micer Antonio?

ANTONIO.—Beppo, tienes que aprender a leer.

BEPP0.—Si me vais diciendo los nombres, yo voy distinguiendo los frascos por los adornos.

ANTONIO.—Sí, así empecé yo. Pero luego aprendí a leer.

BEPP0.—Mi padre dice que para ser boticario no hace falta saber leer.

ANTONIO.—Tu padre es

más viejo que yo. Es de otros tiempos. Ahora todo se ha puesto muy difícil. Y este arte, más que otros. ¿Por qué crees tú que sirvo yo a los Médicis y a los Pazzi y al Obispo? Pues porque sé leer.

BEPP0.—Y porque sois el mejor.

ANTONIO.—No, Beppo. Nadie es el mejor. O por lo menos nadie sabe quién lo es. Ni eso importa mucho. Pero sí importa trabajar bien. Y yo trabajo bien porque he leído.

BEPP0.—¿De veras?

ANTONIO.—Créeme, Beppo, en Florencia los boticarios que no sepan leer ya pueden dejar su oficio. Y tú, si no aprendes, te tendrás que volver al campo, con tu padre.

BEPP0.—No, no, eso sí que no.

ANTONIO.—Claro. Florencia es más bonita.

BEPP0.—El campo es para los viejos. Aquí las cosas cambian y uno también puede cambiar.

ANTONIO.—Pues para empezar el cambio, esa cabeza llena de pelos llénatela también de letras.

BEPP0.—Alguien tendrá que enseñarme.

ANTONIO.—Mi hija Isabela puede hacerlo.

BEPP0.—¡Ah! Si me enseña su hija, ya lo creo que aprendo.

ANTONIO.—(Le da un pescorzón). ¡Para eso te crees muy listo, eh! Anda, tráeme la salvia.

Beppo va por lo pedido. Suenan unos golpes en la puerta.

BEPP0.—¿Voy a abrir, maestro?

Llega Lucrecia, de la cocina. Se limpia las manos en un delantal.

LUCRECIA.—Deja, voy yo. Es Beffone, le he visto desde la ventana. *(Sale)*.

ANTONIO.—Ese te va a quitar la novia.

BEPPPO.—Pues tampoco sabe leer.

ANTONIO.—Para la ebanistería ninguna falta le hace.

Entran Beffone y Lucrecia.

BEFFONE.—¿Huy, que sabroso spezzatino se va a comer hoy en esta casa!

LUCRECIA.—¿Sí? ¿De dónde sacas eso?

BEFFONE.—Del olor que despide el ama.

LUCRECIA.—Sí que entiendes tú de guisos... No es spezzatino, sino judías con corteza.

ANTONIO.—Lo que has olido es de aquí: orégano.

Sale Lucrecia hacia la cocina.

BEFFONE.—Buenos días, maestro. ¿Trabajando en domingo?

ANTONIO.—No trabajamos. ¿No ves que éste está vestido de paje de corte? Esto que hago es estudiar. Hay que aprender siempre cosas nuevas.

BEFFONE.—Andese con cuidado, maestro, con tantas cosas nuevas. Se cuenta de muchos brujos que han acabado mal.

ANTONIO.—Nada tiene que ver esto con la brujería. Si quieres comparar, compáralo con la cocina.

BEFFONE.—Prefiero mi arte. No hay que inventar. Las sillas siempre han sido igual,

y las mesas, y los arcones, y así seguirán por los siglos de los siglos.

ANTONIO.—De eso no entiendo.

BEFFONE.—Aprendes lo que te enseña tu maestro, enseñas lo mismo a tu aprendiz, y así no hay peligro de morir en la hoguera.

ANTONIO.—La botica es distinta, muchacho. Hay gente que no quiere morir ni en la cama. Si las medicinas son malas, hay que inventar otras mejores.

BEFFONE.—¿Aunque os abrasen por ello? Prefiero las sillas. Los hombres también necesitan sentarse para no morir, ¿no creéis, Antonio di Prato?

ANTONIO.—También. Tu arte es bello y útil.

BEFFONE.—Lorenzo de Médicis va a regalar una villa a su cuñado, Guillermo de Pazzi. Han estado en el taller hablando con mi maestro. Le van a llenar las arcas de onzas de oro.

Antonio está moliendo en el mortero. Asoma Lucrecia con otro mortero en la mano.

LUCRECIA.—¿Tienes perejil?

ANTONIO.—Sí, por aquí había. Toma.

Beffone da un codazo a Beppo.

BEFFONE.—El mismo oficio. Vas para cocinera. ¿Dónde está Isabela, ama Lucrecia?

LUCRECIA.—Salió a la plaza con Adriana y con Aldo.

Vuelve a la cocina.

BEFFONE.—Dijo que me esperaría aquí.

ANTONIO.—Lorenzo y ese

Cardenal que ha venido de Roma van a Misa Mayor y querían ver el cortejo.

Llega de fuera un rumor que va creciendo.

BEFFONE.—Y vos, maestro, ¿seguís cocinando? ¡Quitaos el mandil y vamos nosotros también!

Beppo va a mirar por la ventana.

ANTONIO.—Hace ya media hora que ha empezado la misa.

Beffone esta impaciente.

BEFFONE.—No se si salir a encontrar a Isabela.

BEPPPO.—No se ha ido para siempre.

BEFFONE.—Tú atiende a ver si sale por ahí Satanás, y calla.

Asoma Lucrecia por la cocina.

LUCRECIA.—¿No oís? Parece que gritan... *(Va hacia la ventana)* ¿Ves algo, Beppo?

Llaman a la puerta.

BEPPPO.—Desde aquí no.

Crece el rumor, se acerca.

ANTONIO.—Ve a abrir, Beppo.

Beppo va hacia la puerta.

LUCRECIA.—*(Asustada)*. ¡Antonio, Isabela está en la calle!

Beppo abre. Isabela, fatigada, convulsa, se adelanta.

LUCRECIA.—¡Isabela!

ISABELA.—*(Gritando)*. ¡Han matado a los Médicis!

A Antonio se le cae de la mano el recipiente que sostenía. Choca con otro y los dos se estrellan en el suelo.

CUADRO III

Callejón junto a la botica de Antonio di Prato. Llega fugitivo, jadeante, Esteban Maffei. En la misma situación del cuadro primero, hablando con una persona invisible.

MAFFEI.—¿Hemos llegado ya? ¿Esta es la botica de Antonio di Prato, vuestro amigo?... ¿La puerta trasera?... Esperad un momento, esperad. No entreis todavía... Decidme antes lo que vais a hacer, decídmelo claramente. No pensareis acusarme a mí, no pensareis echar sobre mí la culpa y decir que lo he hecho yo. Sí, ya sé que el boticario es hombre de vuestra confianza, que os lo debe todo, me lo habeis dicho. Os debe muchos favores, pero os los debe a vos, a Jacobo de Pazzi. ¿A mí, qué me debe? Vos tendreis que valerme ante él, porque yo para él no soy nadie. Nadie... Ni siquiera soy ya de aquí, de Florencia. Me fui tan joven... ¡No, no entreis solo, no entreis! ¡No me abandoneis ahora! ¡Vos sabeis que yo no he sido, que yo no he alzado la mano contra nadie! ¡Ni he salido de Roma, ni de casa de mi padre! ¡No, no ha salido aún ni del vientre de mi madre! ¡No estoy aquí, en Florencia! ¡No me toqueis, soltad! ¿Por qué, por qué me sujetais así? ¿Soy la garantía de vuestra inocencia? Sí, ahora lo comprendo. He caído en una celada: El Cardenal Riario y vosotros los Pazzi, me necesitais como víctima expiatoria... Si la jugada hubiese salido bien, bien para todos... Pero en saliendo mal, yo pagaré por vosotros y vosotros seguireis como siempre... ¡Decidme que no, que no es eso! No me dejéis perdido... Perdido como estoy desde que me trajisteis aquí.

Un trueno. Estalla una tormenta.

CUADRO IV

Bosque en las cercanías de Florencia.

Esteban Maffei vaga perdido en medio de la tormenta que acaba de desencadenarse.

MAFFEI.—Perdido... ¿Cómo es posible? En estos bosques pasé mi infancia. No debo estar ya lejos de mi casa. Era hacia allá... Pasado el torrente... Pero, ¿está el torrente por ese lado? Cuando llegue a este claro del bosque venía de... de por allí... Sí, ese era mi camino. ¡Oh, Dios! A la luz del día conocería todo esto. Aunque, ¡quién sabe! Hace ya tantos años... Por aquí correteábamos mi hermano y yo. Y por aquí vine algún día con Claudia. Yo recogía flores silvestres para que ella se adornase. Siempre le faltaba una de algún color y había que seguir buscando. Pero, ¿por qué pienso ahora en eso? ¿Para distraerme? Sí, para espantar el miedo. ¿Qué ha sido eso? El ruido del torrente... No, ha sido como una voz... No; no puede haber voz tan potente.

Un relampago más intenso que los otros. Maffei se asusta. Se recupera después.

De nada me ha servido la luz del relámpago. Ahora recuerdo que nunca había visto el bosque en la tormenta. Es otro. Las hojas verdes de los árboles ahora estaban blancas. Blancos los troncos... Pero, ¿no he vislumbrado un brillo hacia ese lado? ¿No sería el torrente? Claudia y yo lo mirábamos desde arriba. Ella tiraba flores y me miraba. Pero nunca me atrevía a recogerlas. Se las llevaba la corriente. No, no debo andar. Mejor no dar ni un solo paso.

Recuerdo... sí... sólo eso... que el torrente surgía de pronto... en un desnivel del suelo... como a traición... Mejor, no moverme... Pero, ¿cómo permanecer aquí toda la noche?

Pausa. Tras el ruido de un trueno, en el silencio, se oye más fuerte el rumor del torrente.

No, no debo moverme; está aquí, junto a mí, a un paso... Algo se ha movido, algo ha sonado... Sí, como si alguien hubiese corrido...!

Pausa. Escucha, en tensión.

¡Favor!

Pausa.

¡Favor! ¡Socorredme! ¡Me he perdido en la tormenta!

Pausa, silencio.

Y sin embargo... estoy seguro de haber oído pasos.

Quizá alguna alimaña, alguna bestia del bosque.

Cae al suelo, tembloroso.

Dios mío, Dios mío. ¿Por qué terminar así? ¿Por qué deseas que mi vida acabe de este modo, si he venido tan solo a servirte? Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre...

Se oye una voz, pero sin entenderse lo que dice, por el fragor de la tormenta. Maffei, que algo ha percibido, suspende la oración. Queda en silencio, expectante, tembloroso. Vuelve a oírse de nuevo la misma voz. Maffei, inmóvil, pregunta desentonadamente.

¿Qué?... ¿Quién va?

Entre los árboles, se divisa la silueta de un hombre que se acerca. El hombre vuelve a hablar igual que antes, quizá repite la misma frase, pero el

ruido de la lluvia, del viento, de las hojas cubre sus palabras. Maffei pregunta frenético.

¿¡Qué decís!?

MONTESECCO.—(*Que ha llegado al claro del bosque, y ahora es visible*).

Que alceis los brazos, eso digo. Y que os alceis vos mismo también si os quedan fuerzas. ¡Vamos, alzaos!

Montesecco empuña una daga y se ha acercado, amenazador, a Maffei. Maffei, con dificultad, temblorosos sus brazos alzados, se levanta.

MAFFEI.—¿Quién sois?

MONTESECCO.—Poco importa.

MAFFEI.—Necesito ayuda, por eso gritaba... Estoy perdido. La tormenta me ha hecho perder el camino.

MONTESECCO.—A mi también.

MAFFEI.—Podeis enfundar el arma, no tengais ningún temor... Yo estoy indefenso. No pienso hacer nada contra vos.

MONTESECCO.—Pero quizá yo contra vos sí pienso hacer algo. ¿Quién os dice lo contrario?

Un momento, Montesecco se queda en silencio, quieto, contemplando el pavor de Maffei.

¿Decís que os habeis extrañado en el bosque, que habeis perdido el camino? Pues ya os digo: yo también. Buena ayuda vamos a ser el uno para el otro. ¿Hacia dónde os dirigáis?

MAFFEI.—¿Sois de por aquí?

MONTESECCO.—No. Soy de muy lejos.

MAFFEI.—Pero, ¿conoceis estos lugares?

MONTESECCO.—Poco. Algo.

MAFFEI.—Yo, antes, hace tiempo, sí los conocía... De niño. Nací por aquí y aquí me crié... Pero... ahora no recuerdo. ¡Hace ya tantos años...! Y, además, con esta tormenta...

MONTESECCO.—A pesar de eso, si haceis un esfuerzo... Con poco que me digais, quizá yo pueda encaminaros.

MAFFEI.—¿Creeis?

MONTESECCO.—¿Hacia dónde ibais?

MAFFEI.—Iba hacia... Hacia la casa grande... La que está más allá del torrente. Por aquí cerca hay un torrente, ¿no habeis escuchado el rumor del agua?

MONTESECCO.—Sí; bien cerca debe de estar.

MAFFEI.—Pues, pasado el torrente... está la casa de Esteban Maffei. Hacia allí voy yo.

MONTESECCO.—¿La casa de Esteban Maffei?

MAFFEI.—¿Sabeis cual os digo? ¿La conoceis?

MONTESECCO.—¿La casa del padre Maffei? ¿Del dominico?

MAFFEI.—¿Sabeis quién es el padre Maffei?

MONTESECCO.—Sí... Bueno, lo sé aunque no le conozco. No, no le he visto nunca.

Maffei mira fijamente, detenidamente, a Montesecco.

MAFFEI.—Pero... yo no voy a casa del padre Maffei, del dominico...

MONTESECCO.—¿No?

MAFFEI.—La casa a la que voy yo es de su padre.

MONTESECCO.—¡Ah!

MAFFEI.—(*Muy despacio, precavido.*)

Yo soy el dominico, el padre Maffei.

MONTESECCO.—¡Ah! ¿Sois vos?

MAFFEI.—Cuando os he dicho mi nombre ya lo conocíais. ¿Por qué?

MONTESECCO.—Casualidades de la vida. Vos y yo teníamos que vernos mañana en Florencia para un asunto muy importante. No, no os asombreis; el asunto es secreto, pero no para unos cuantos. Y entre esos cuantos estamos vos y yo. No creo que este encuentro inesperado altere en nada nuestros planes. Pero si lo creeis así, me voy por donde he venido y os dejo otra vez a la buena de Dios.

MAFFEI.—No, no es necesario. Pero ¿por qué estais enterado de todo? ¿Quién sois? ¿Cómo os llamais?

MONTESECCO.—Yo soy Montesecco. (*Y enfunda su daga.*)

MAFFEI.—(*Respira tranquilo.*) ¡Ah! Sois Montesecco... Creo que ... que la suerte nos ha unido.

MONTESECCO.—Veremos, veremos... Si podeis ayudarme a mí y yo puedo ayudaros a vos, tendreis razón; pero si no, toda esta gran empresa se ira al garete. De momento, estamos perdidos.

MAFFEI.—Pero algo podreis hacer. Supongo que estareis más habituado que yo a estos trances.

MONTESECCO.—Veamos cómo salir de esto. ¿No re-

cordais nada del lugar? Claro que ¿cómo vais a recordar si esto está como boca de lobo? Pero, en fin, algo que pueda orientarnos. Mi única intención era llegar a Florencia sin que me vieran, antes de que despuntase la aurora.

MAFFEI.—Yo recuerdo que... sí, sólo eso... que la casa está más allá de ... pasado el torrente. Luego se cruza la vaguada y allí está la casa.

MONTSECCO.—¡Y creéis que eso es poco! ¡No estamos descaminados, compañero! El torrente está justo aquí, aquí mismo.

Da un golpe en la espalda a Maffei, le empuja hacia adelante. Maffei, asustado, creyendo que va a caer al torrente, se agarra a Montesecco.

MAFFEI.—¡Ah!

MONTSECCO.—(Divertido por el susto de Maffei.)

No tan cerca, padre, no tan cerca.

Vuelve a empujar a Maffei, y salen los dos.

CUADRO V

Sala de la casa de Esteban Maffei en el campo. No lejos de Florencia.

Ha pasado la medianoche y el tiempo es tormentoso.

Suenan unos aldabonazos y poco después cruza la escena un criado con una luz en la mano. Se cubre con una ropa improvisada. Desaparece por un corredor por el que vuelve a entrar precediendo a Maffei y a Montesecco.

CRIADO.—¡Señor Esteban, que sorpresa tan inesperada! Me compensa de los sustos que me han dado primero la tormenta y luego los aldabonazos.

MAFFEI.—¿Te asusta la tormenta, Victorino?

CRIADO.—¡Amí que va a asustarme! Pero cuando estaba en el primer sueño, mi mujer ha pegado un grito que por poco salto hasta el techo. Voy a despertar a vuestro padre. ¡Qué alegría se va a llevar mi señor!

MAFFEI.—Estamos empapados. Podías, antes, encender la lumbre.

CRIADO.—Teneis razón. (*Va hacia el hogar.*)

MAFFEI.—O si no, deja. Yo encenderé mientras tú le avisas. Ganaremos tiempo.

CRIADO.—Y recordarás tus años de muchacho.

MAFFEI.—Es verdad. (*A Montesecco.*) Yo era el encargado de mantener vivo el fuego.

Sale el criado, que ha dejado la luz sobre una mesa. Maffei va hacia la lumbre, pero se detiene, antes de llegar, para llamar al criado.

MAFFEI.—¡Victorino!

Asoma de nuevo Victorino.

VICTORINO.—Señor.

MAFFEI.—¿Sigue habiendo vino en la alacena?

VICTORINO.—Sí, ya lo sabéis. Al señor le gusta que siempre haya una garrafa

MAFFEI.—Me lo imaginaba. Mi padre no es partidario de las innovaciones. Sacadla vos mismo mientras yo enciendo la lumbre, Montesecco. Así tendremos calor por dentro y por fuera.

Sale Victorino. Maffei va a encender la lumbre. Montesecco saca de la alacena una garrafa y dos vasos y los pone sobre la

mesa. Habla mientras los llena, y se sienta.

MONTSECCO.—¿Estais ya más tranquilo? ¿Se os va pasando el susto, padre Maffei?

MAFFEI.—Sí, y agradezco mucho vuestra ayuda.

MONTSECCO.—Con el vino se os pasará del todo; para algunas ocasiones no hay mejor compañero. Yo también os doy las gracias de corazón, padre. En una noche endiablada como ésta, un techo, un fuego y un vaso no se pagan con todo el oro de los Médicis.

MAFFEI.—Y si añadimos una cama...

MONTSECCO.—Si añadimos una cama no se pagan ni con todo el oro del mundo.

MAFFEI.—Pues vereis que se añadirá. Ya ha prendido el fuego. Acercaos.

Montesecco va hacia el hogar, llevando los vasos.

MONTSECCO.—Ahora, antes de que aparezca vuestro padre, os falta hacer algo.

MAFFEI.—¿El qué?

MONTSECCO.—Teneis que inventar un nombre.

MAFFEI.—¿Inventar un nombre?

MONTSECCO.—Claro. ¿No lo comprendéis? Teneis que inventar un nombre para mí. Tomad, padre... (*Le alarga uno de los vasos.*)

Esto os inspirará.

MAFFEI.—Gracias. (*Toma el vaso.*)

MONTSECCO.—No creo que vuestro padre me haya visto nunca. Yo, al menos, no tenía noticias de su existencia hasta esta noche; ni siquiera

había oído nunca, que yo recuerde, pronunciar su nombre. Pero el mío lo conoce todo el mundo. No lo digo por vanidad, podeis creerme. Y para un anciano recién despertado en noche de tormenta, tantas sorpresas seguidas pueden ser muy graves. El hijo, el adorado hijo, que se presenta inesperadamente en el hogar tras largo tiempo de ausencia: «¡Hijo, hijo mío querido!» «¡Padre, padre mío!». Y, de repente: «Padre mío, os presento a mi amigo Montesecco». Y el buen viejo exclama: «¡Ah, horror, horror!» Y se os muere como un pajarito.

MAFFEI.—No creo que ocurriera eso; mi padre se conserva fuerte. Pero opino que teneis razón, no es necesario que sepa quien sois.

MONTSECCO.—Eso pienso yo. ¡Vamos, un nombre, un nombre!

MAFFEI.—¿Qué os parece Cassola?

MONTSECCO.—¿Cassola? Bien, muy bien. Ya lo he utilizado. También está bien vuestro vino.

MAFFEI.—Hacia tiempo que no lo cataba.

MONTSECCO.—Es bueno, pero habreis tenido ocasión de beberlo mejor. Sin embargo, lo decís con nostalgia. ¿Cuánto tiempo lleváis fuera de casa?

MAFFEI.—Hice una visita a mi padre, va para dos años. Pero hace siete que marché a Roma.

MONTSECCO.—¿Siete años? Más que suficiente. Allí se hace carrera de prisa. Sobre todo en vuestro oficio. Claro, que el mío es aún más rápido, pensareis.

MAFFEI.—Sí, pero se acaba antes.

MONTSECCO.—¿Estais seguro? A mí me enseñaron de pequeño vuestros colegas... —o me pareció entenderlo así— que el tiempo era igual de largo para todos. Para unos en la gloria de Dios, para otros en el infierno de Satanás.

MAFFEI.—Sí, la eternidad es igual de larga para todos; pero el infierno, Montesecco...

MONTSECCO.—(Con cierta dureza). Prohibido hablar del infierno, padre.

MAFFEI.—Vos habeis empezado.

MONTSECCO.—Retiro lo dicho. Prefiero encontrármelo por sorpresa que no sentirlo a diario aquí.

MAFFEI.—Porque lo que prefieres en realidad es no creer en él.

MONTSECCO.—Será por eso.

MAFFEI.—Pero comprende que...

MONTSECCO.—Padre, hace un rato, cuando os he encontrado perdido en el monte, he tenido la gentileza de no ejercer con vos mi oficio; no ejerzais el vuestro conmigo.

MAFFEI.—Me parece que no ha sido gentileza. Ha sido conveniencia. Pero os lo agradezco igual.

MONTSECCO.—Sí. Puede que tengais razón. Ha sido más bien compañerismo, diría yo. Aunque sólo sea por unos días, los dos servimos al mismo amo.

MAFFEI.—(Como reflexionando en voz alta.)

Y no es sólo un nombre...

MONTSECCO.—¿Qué decís?

MAFFEI.—Que no es sólo el nombre lo que hay que inventar. Hay que pensar, además, quién sois, qué haceis, cual es vuestra familia, de que vivís...

MONTSECCO.—(Reprendiéndole dedo en alto, como a un niño.)

Satanás os achicharrará por tantas mentiras. ¿No le teneis miedo?

MAFFEI.—No es él quien juzga, Montesecco.

MONTSECCO.—Podemos decir que soy otro sacerdote, como vos. ¿Qué os parece? Con estas ropas de viaje no nos diferenciamos mucho.

MAFFEI.—No teneis el aspecto de un clérigo.

MONTSECCO.—¿Estais seguro de que no? Se que soy lo que llaman «un hombre de aspecto sospechoso», pero los he visto peores en cualquier gremio. ¿Y artista? El maestro pintor Cassola que ha trabajado para Sixto IV y regresa a su ciudad natal.

MAFFEI.—¿Y cómo conversaríais con mi padre si os interroga? El es buen aficionado, y los artistas siempre hablan de su arte.

Montesecco acepta la objeción torciendo el gesto.

MONTSECCO.—¡Dux de Venecia! Eso me gustaría. Decidle que viajo disfrazado y que...

MAFFEI.—Pensemos en serio, Montesecco. Algo que resulte adecuado.

Entra jubiloso el padre. Se ha

echado una bata sobre su ropa de dormir.

PADRE.—¡Hijo mío, Esteban!

MAFFEI.—¡Padre!

Los dos se abrazan.

PADRE.—Ni más leve esperanza tenía de volverte a ver, por lo menos hasta fin de año.

MAFFEI.—Yo tampoco lo pensaba. Y tengo la misma alegría que vos, padre. Me han encomendado una misión en Florencia —voy en el séquito del Cardenal Riario—, y pedí permiso a Su Eminencia para desviarme y haceros esta visita. Pero a no ser por este amigo que va allí por el mismo asunto, no habría llegado. Me extravié en la tormenta y él volvió a encaminarme.

PADRE.—(Va hacia Montesecco). Os estaré eternamente agradecido.

MAFFEI.—Es el señor Cassola...

MONTSECCO.—(Saludando). De la banca, señor.

MAFFEI.—Mi amigo Jacobo Cassola.

MONTSECCO.—No me gusta ese nombre.

Maffei se aterra, mirando a Montesecco.

PADRE.—(Con ingenua extrañeza). ¿Cómo decís?

MAFFEI.—Dice que... no le gusta su nombre.

MONTSECCO.—No, decididamente. Lo de Cassola está bien... Pero lo de Jacobo...

Rie, divertido, su broma.

De pequeño sí me gustaba... ¡Jacobo, Jacobo! Muchos de mis amigos se llamaban Ja-

cobo, y por eso me gustaba... Pero ahora que soy banquero me parece bien lo de Cassola. Es un apellido muy importante en Roma, aunque ahora hayamos descendido a la banca...

PADRE.—(Cortesmente). ¿Descendido?

MONTSECCO.—Sí, señor Maffei. Esa es la verdad. Las armas son la nobleza. Incluso vuestra agricultura es más digna. La banca es un recurso. Lo sabemos. Y os admiramos y envidiamos. Pero los tiempos obligan. A lo que iba: Cassola, bien; pero Jacobo... ¡Por Dios! Cualquiera puede llamarse Jacobo.

Entra el criado con unas viandas que deposita sobre la mesa.

PADRE.—El nombre es sólo la fachada, es para lo demás. A uno lo que le importa es el interior de la casa. Dije que os prepararan algo, vendreis desfallecidos por el viaje.

MAFFEI.—Sí que se agradece a estas horas.

PADRE.—También nuestro apellido, el apellido Maffei, se va desgastando. Pero ámalo siempre, hijo mío.

MAFFEI.—No teneis que pedírmelo.

PADRE.—El apellido es la familia. Un depósito de sangre que nos viene desde el principio de la creación y que nosotros llevaremos hasta el final de los tiempos.

MONTSECCO.—(Comiendo). La familia... Todos sabemos lo que es la familia... Todo lo que yo he hecho lo he hecho por la familia, por la sangre. He descendido a la banca, por la familia, para que mi familia pueda llevar su herencia de sangre hasta donde habeis dicho vos.

¡Sangre y familia! Habla muy bien vuestro padre, Maffei.

PADRE.—(A Montesecco). Los Maffei, quizá lo sepais, en otros tiempos eran algo más. Mi bisabuelo aún usaba su título de nobleza. Pero poco a poco todo ha cambiado y hoy yo no soy más que un labrador. (A su hijo). Y tú nada más que un sacerdote.

MONTSECCO.—Ser labrador no es mala cosa, creedme. Depende de los acres. Y los acres pueden ir aumentando.

PADRE.—Un labrador está pendiente de algo que le es ajeno: de la tierra, del sol, de la lluvia, del pedrisco. De poco nos sirve a los labradores la voluntad. Pero mi hijo tiene ciencia y gobierno. O llegará a tenerlo. (A Maffei). Tu voluntad sí es un arma.

MAFFEI.—A todos nos es ajena la voluntad de Dios.

PADRE.—Sí, pero sólo en eso nos igualamos.

MONTSECCO.—Es cierto. En todo lo demás se ven muchas diferencias.

PADRE.—Antes se diferenciaban las gentes por el nacimiento. Hoy ha cambiado todo, y la nobleza, mejor es ocultarla.

MONTSECCO.—Hoy lo que más diferencia a las gentes es el dinero.

PADRE.—(Asintiendo). ¿Oyes? Por eso hay que ganarlo, Esteban. No digo que debamos descender al comercio, a la usura...

Se vuelve hacia Montesecco.

¡Oh, perdonad!

MONTSECCO.—¿Yo? ¿Por qué?

PADRE.—No sé... Quizá mis palabras...

MONTESECCO.—¡Ah, claro, la banca! No, no tengais preocupación. ¿No han descendido al comercio, a la usura, los Pazzi, los Médicis?

PADRE.—Sí, es cierto.

MONTESECCO.—Pues os equivocais. No han descendido, porque antes no eran ni usureros. Pero, en fin, ascendido o descendido, si ellos lo hacen, ¿por qué no vamos a hacerlo los Cassola? O vosotros, los Maffei...

PADRE.—Tú, hijo mío, Esteban, estás en el camino de ascender, de recuperar el poder perdido. Tus hermanos y yo, no.

MONTESECCO.—¿No son fértiles estas tierras?

PADRE.—Menos que cualquier ciudad. Mi hijo, ayudado por los Riario —hubo un tiempo en que su familia debió mucho a la nuestra y el Cardenal no lo ha olvidado—, puede prosperar y devolver a la familia Maffei el puesto y el honor que antes tenía.

MAFFEI.—El honor lo tenemos, padre. No se pierde por descender de condición.

MONTESECCO.—Encuentro muy razonable lo que dice vuestro padre, Maffei. Y pienso que vos desde Roma podeis hacer mucho.

MAFFEI.—Yo aspiro a hacer mucho por la Iglesia.

PADRE.—Y todo lo que hagáis por la Iglesia repercutirá en gloria y provecho para nuestra familia. No te empujaría yo a ser mercader o leguleyo, pero por el camino de la religión igual podrás devolver a nuestra familia su prestigio. Veo claro el porvenir: ya no cuenta la nobleza.

Se vuelve a Montesecco.

¿Estais de acuerdo?

MONTESECCO.—(*Ponderativamente*).

Uuu... Los Alberti en el exilio... Los Luchetti reducidos a la miseria... Los Tarsi exterminados...

PADRE.—(*Que se ha exaltado, mientras enumeraba Montesecco.*)

¡Tantas y tantas familias que ya no existen! Pero unas bandadas de comerciantes...

Se interrumpe, pidiendo perdón con la mirada a Montesecco.

MONTESECCO.—Seguid, seguid...

PADRE.—(*Muy exaltado, sin atreverse a seguir.*)

...de...de ...

MONTESECCO.—De «perros del dinero», así nos llaman.

PADRE.—No me atreví...

MONTESECCO.—Pero me atrevo yo y lo digo yo y lo repito: «perros del dinero», que pisotean al plebeyo y al noble, al que trabaja y al que goza, y que provienen lo mismo de arriba que de abajo, porque a esos perros no les diferencia la sangre sino su conciencia. su falta de conciencia. Y lo digo yo, que soy uno de ellos, y que me reconozco arrastrado por Satanás y que me atrevo a decir que mejor que cualquiera de nosotros es el último ladrón de caminos.

PADRE.—Ese arriesga su vida. Lo he dicho muchas veces.

Montesecco se levanta, abre sus brazos al padre. Los dos se estrechan emocionados.

MAFFEI.—Los tiempos cambian, padre. Y ahora más velozmente que nunca. En eso os doy la razón.

PADRE.—Tan velozmente —oye lo que te digo— que todo volvera a ser como antes.

Va hacia él.

MAFFEI.—Se tardará.

PADRE.—Menos de lo que piensas, Esteban. Mira a tu alrededor y verás que ya empiezan las nuevas familias a vivir como lo hacían los Maffei en tiempos de los abuelos. Siempre habrá unas pocas familias por encima de la plebe. Yo te he dado un arma, hijo mío, para que devuelvas el esplendor a la nuestra.

MAFFEI.—Yo soy un arma en manos de la Iglesia.

MONTESECCO.—Todo el mundo compagina las dos cosas.

PADRE.—Tú sirve a la Iglesia, sirve al Cardenal Riario. Es un hombre de estos tiempos, pero que no olvida los antiguos. Roma defenderá siempre lo perenne. Pero no hay que retroceder, no hay que resignarse. Hay que luchar.

MAFFEI.—Así piensa Montesecco. El ha luchado con las armas que tenía a su alcance.

PADRE.—Con su talento comercial.

Vuelve a sentarse en su sitio.

MONTESECCO.—Bien, llamémoslo así.

PADRE.—Un talento que, por lo menos hasta esta generación, le faltó a nuestra familia.

Ya más sereno, cambia de tema.

Y ¿es importante la misión que os lleva a Florencia?

MONTESECCO.—Muy importante.

MAFFEI.—Muy importante.

CUADRO VI

Botica de Antonio di Prato.

Beppo abre la puerta. Isabela, fatigada, convulsa, se adelanta.

LUCRECIA.—¡Isabela!

ISABELA.—(Gritando). ¡Han matado a los Médicis!

A Antonio se le cae de la mano el recipiente que sostenía. Choca con otro y los dos se estrellan en el suelo.

ANTONIO.—¿Qué dices, hija?

Los líquidos se mezclan en el suelo. Empiezan a salir llamas y burbujas de colores.

LUCRECIA.— ¡Ten cuidado, Antonio!

ISABELA.—¡Los han matado! ¡En la iglesia! ¡Yo lo he visto! ¡Lo he visto! ¡Sí, en la iglesia!

ANTONIO.—¡Sacrilegio!

LUCRECIA.—Serénate, hija mía. Trae agua, Beppo.

BEFFONE.—(Gritando). ¡Apagad eso!

ANTONIO.—¡Apágalo, Beppo!

BEPP0.—(Con miedo). No, no...

ANTONIO.—Písalo...

BEPP0.—No; es Satanás... Satanás...

ISABELA.—¡Cuando el sacerdote alzaba! ¡Han clavado un puñal en el cuello a Julián de Médicis!

Llora, histérica.

LUCRECIA.—Sostenla, Antonio. Voy por el agua.

Sale Lucrecia. Antonio sostiene a Isabela. La lleva hacia una silla.

ANTONIO. — ¡Apaga eso, Beppo!

Beppo va a obedecer, pero Beffone le contiene.

BEFFONE.—No, no te acerques. Es Satanás..., Satanás...

Cae de rodillas y hace la señal de la cruz. Un hombre que corre por la calle se acerca a la puerta para gritar:

HOMBRE.—¡Han matado a los Médicis!

ANTONIO.—¡Pareja de manecatos, venid acá!

Corre Beppo a sostener a Isabela. Antonio va a pisar el fuego. Lucrecia sale con el vaso de agua. Comienzan a sonar las campanas. Entra Beppo y Lucrecia sientan a Isabela.

ISABELA.—¡He visto como le saltaba la sangre del cuello!

LUCRECIA.—Toma, bebe, bebe...

Micer Antonio ha apagado el fuego. Hay un momento de silencio en la botica. Fuera tañen las campanas, continúa el griterío. Micer Antonio va hacia su hija. Beffone sigue con la vista fija en el charco de líquido.

BEFFONE.—Era Satanás... Lo he visto... Lo he visto.

ISABELA.—En el momento de alzar... Estaba Julián de rodillas... Inclínada la cabeza, la vista en el suelo...

LUCRECIA. — (Asombrada, con tristeza) ¿Y en ese momento...?

ANTONIO.—(Profundamente). Sacrilegio.

ISABELA.—(Tapándose los oídos). ¡Se me ha quedado dentro el sonido de la campanilla!

LUCRECIA.—Bebe, hija.

ANTONIO.—Beppo, trae.

ISABELA.—Un hombre que había cerca de él. Ví el resplandor de la daga en el aire, pero en aquel momento no comprendí lo que sucedía.

ANTONIO.—¿Y Lorenzo?

ISABELA.—Yo ví cómo aquel hombre se precipitaba sobre Julián. ¡Ví cómo le clavaba el puñal en la nuca! ¡Y ví saltar la sangre!

Llora y rie, histérica.

LUCRECIA.—¡Hija!

Llega Beppo con el láudano.

BEPP0.—Tomad, micer Antonio.

ANTONIO.—Bebe, hija, es láudano.

Isabel bebe.

LUCRECIA.—¿La llevamos a su cuarto?

ANTONIO.—Sí, ahora. ¿Y Lorenzo?

ISABELA.—Yo vi... saltar la sangre de Julián... Recuerdo muy mal todo... Recuerdo las velas... No se veía muy bien... Pero a Lorenzo le daba en la nuca una luz blanca de un vitral... Recuerdo el olor del incienso, las velas... la sangre de Julián de Médicis... Casi no se oyó el grito del Médicis al caer. Cayó allí mismo, mientras el otro huía apartando a la gente con la daga empapada en la sangre de Julián.

Llora.

ANTONIO.—¿Y Lorenzo de Médicis?

ISABELA.—Cuando todos corrían de un lado a otro, huían, gritaban... a él le arrastraban los suyos hacia la sacristía, empapado en sangre...

Ahora, vencida por la excitación y la fatiga, llora blandamente en el pecho de su madre. En los rumores de la calle se oye gritar: «¡Han matado a Julián de Médicis!».

Los han matado... los han matado...

ANTONIO.—Lucrecia, trae un paño humedecido.

Rápida, va Lucrecia a la cocina. Se abre un instante la puerta de la calle y grita una mujer:

MUJER.—¡Doña Lucrecia, Micer Antonio, han matado a Julián de Médicis! (*Desaparece.*)

Un grito de Lucrecia en la cocina.

ANTONIO.—¡Lucrecia!

Todos miran hacia la puerta de la cocina. Aparece Lucrecia, demudada.

LUCRECIA.—No, no pasa nada, Antonio... Al entrar, vi a dos hombres en la cocina. Pero...

Entran Jacobo de Pazzi y Maffei.

JACOBO.—Soy yo, micer Antonio di Prato.

ANTONIO.—¿Vos, señor Jacobo de Pazzi?

Va solícito hacia él.

Ya sé lo sucedido. Mi hija lo ha presenciado. ¿Se puede hacer algo aún? ¿Me necesitais?

JACOBO.—Ya no se puede

hacer nada. Pero yo sí os necesito.

MAFFEI.—¿Vuestra hija lo ha visto?

ANTONIO.—Estaba en la iglesia.

MAFFEI.—¿Y sabeis quién lo hizo?

ISABELA.—Yo ví al hombre cuando mataba a Julián, pero no se quién era, no le reconocí... No pude verle la cara.

JACOBO.—Micer Antonio, el tiempo apremia, y preciso hablar con vos a solas.

ANTONIO.—(*Reservado.*) Señor, estos que aquí veis son como mi familia.

JACOBO.—Pero, ¿puedo considerarlos como de la mía?

ANTONIO.—Todo cuanto hay aquí es de los Pazzi.

JACOBO.—Micer Antonio, los Médicis acaban de morir. Dentro de unos minutos esas voces que gritan gritarán sólo: «libertad». Y Florencia será de nuevo la Florencia republicana.

ANTONIO.—Sí, señor.

JACOBO.—¿Entendeis lo que os digo?

ANTONIO.—Creo que sí, señor.

JACOBO.—Pero ahora, en este momento de excitación, alguien ha lanzado la voz de que nosotros, la familia Pazzi, tenemos que ver en esta muerte, y nos persiguen.

ANTONIO.—Señor Jacobo...

JACOBO.—No crearás tú, Antonio, que yo puedo haber matado a Lorenzo o a Julián.

ISABELA.—(*Se abalanza hacia él.*) ¡No, tú no! ¡Pero tu maldita familia...!

Lucrecia la contiene.

LUCRECIA.—¡Hija!

ANTONIO.—Disculpádmela, señor. Es presa de un ataque. Siempre ha respetado a la familia Pazzi. Sabe, como yo mismo, que os lo debemos todo. Pero Julián era el ídolo de todas las muchachas de Florencia... Y acaba de verle morir apuñalado. No sabe aún lo que se dice. Isabela, la familia Pazzi y la familia Médicis son una misma familia. Nadie ha dicho aquí que los unos hayan hecho nada contra los otros, sino que son infundios que corren. (*A Jacobo.*) ¿Qué pretendéis de mí, señor?

JACOBO.—El tiempo apremia, Antonio. Se han formado patrullas. Y pronto andarán por esta calle.

ANTONIO.—¿Qué queréis que haga por vos?

JACOBO.—Escondednos en la cueva. Y, a la anohecida, llevadnos a vuestro huerto de San Giovanni. Aunque para esta hora ya habremos salido a la luz y estaremos en nuestra casa, o en la Señoría, reunidos con vosotros, con los gremios, como antaño, para ordenar las libertades de Florencia.

MAFFEI.—Las tropas de Rocalta se acercan a la ciudad enviadas por el Papa para contribuir a restablecer el orden republicano.

ANTONIO.—Nunca he querido mezclarme en estos asuntos, señor (*a Jacobo*). Pero en esta ocasión, y siendo vos el perseguido...

Se oyen golpes en la puerta.

JACOBO.—¡Llaman!

LUCRECIA.—Entrad aquí. (*Por la cocina.*) Os bajaré a la cueva.

Salen los tres hacia la cocina.

BEFFONE.—¿Vais a esconderlos, micer Antonio? ¿Y si Lorenzo no ha muerto?

CUADRO VII

La cocina de Antonio di Prato.

Entra Esteban Maffei. Actúa como si le acompañasen Lucrecia y Jacobo de Pazzi, pero sólo le vemos a él.

MAFFEI.—¿Para qué nos escondemos? Lo registrará todo... Esto será como una ratonera. Jacobo de Pazzi, ¿seguís vuestro juego? ¡Soldadme, no quiero bajar ahí! Sí, ya lo veo, vais disponiendo todas las piezas para llegar a la jugada final, ¡para entregarme a mí! Y vos quedareis libre, ¡claro!, vos sois la gran familia. Vuestro hijo Guillermo está casado con una Médicis. Bien lo ha dicho ese hombre... Pero a mí, a mí me dejareis solo...

Se vuelve como para hablar a Lucrecia.

Y no he sido yo... No. Yo no estaba en el templo, ni siquiera en Florencia... ¡Soldadme, no quiero bajar!

Como conducido por los otros, va bajando hacia la cueva.

¡Habeis sido vos, Jacobo de Pazzi, vos lo habeis hecho! ¡Ha sido Jacobo de Pazzi, Jacobo de Pazzi!

Desaparece por la cueva.

CUADRO VIII

Sala en el Palacio Pazzi.

Están sentados Jacobo y Francisco de Pazzi. El primero se levanta, nervioso, y va hacia una ventana.

FRANCISCO.—Por favor, Jacobo, no te impacientes, que me estás poniendo nervioso también a mí con tus paseos. Deja ya de mirar por la ventana, siéntate, y

aguarda con tranquilidad a que llegue Bernardo Bandini.

JACOBO.—El traerá la noticia.

FRANCISCO.—Sí, él. Anda, ven, siéntate.

Jacobo de Pazzi se acerca.

JACOBO.—No comprendo cómo puedes tener esa calma.

FRANCISCO.—Porque estoy seguro de que todo saldrá bien.

JACOBO.—Acuérdate de los Malfatti, de los Lavelli.

FRANCISCO.—No somos tan estúpidos como el viejo Lavelli.

JACOBO.—¿Tú crees? A veces estas situaciones graves le vuelven a uno estúpido y le dejan sin la frialdad necesaria para comprenderlo.

FRANCISCO.—¿Estás arrepentido?

JACOBO.—No digo eso.

FRANCISCO.—Aunque fuésemos estúpidos nosotros, no lo es el Cardenal Riario. El plan que ha trazado es perfecto.

JACOBO.—No lo dudo. Pero en esta circunstancia, en este momento, es natural que no esté tranquilo.

FRANCISCO.—Ayer lo estabas. O disimulabas mejor.

JACOBO.—No disimulaba. Pero ayer era otra cosa. La noche tampoco la he pasado mal, aunque por un momento, pensé que no iba a poder dormir. Pero en cuanto ha sonado la hora del banquete...

FRANCISCO.—Confía en Riario, confía en Montesecco. Son hombres de experiencia.

JACOBO.—No es que tenga ninguna duda sobre el plan,

no es eso. Lo he aprobado después de pensarlo y discutirlo. Y yo mismo os he convocado uno por uno a todos vosotros.

FRANCISCO.—Y a todos nos pareció bien. Había que hacerlo.

JACOBO.—Sí, un día u otro había que hacerlo. Pero no a todos nos pareció bien.

FRANCISCO.—Tú dijiste...

JACOBO.—Guillermo se negó.

FRANCISCO.—¿Y te vas a contagiar ahora del miedo de Guillermo? El siempre lo ha tenido.

JACOBO.—No es un cobarde.

FRANCISCO.—Siempre ha sido un frío.

JACOBO.—Quizá lo hace por Blanca. Y en ese caso es que teme. Que ve el peligro quizá con más claridad que yo.

FRANCISCO.—No ha sido ni cobarde ni enamorado, ni lo uno por lo otro; no le des más vueltas. Ha sido un calculador. El pertenece a las dos familias. Si se hunden los Médicis, es un Pazzi; pero si se hunden los Pazzi, es un Médicis. ¿Para qué iba a complicarse?

JACOBO.—Sí, sus razones son justas. Como las nuestras. Porque nosotros tenemos una sola familia.

FRANCISCO.—Dentro de unos años seríamos los parientes pobres de los Médicis.

Jacobo se levanta y vuelve a sus paseos nerviosos en dirección a la ventana.

FRANCISCO.—Y adiós a la banca Pazzi.

JACOBO (*desde la ventana*).—Aquel que viene de la

plaza parece el padre Maffei. Juraría que viene hacia aquí.

FRANCISCO (*va hacia la ventana*).—¿No te equivocas? Es imposible que haya sucedido ya.

JACOBO.—No me equivoco. Es el padre Maffei.

FRANCISCO.—Sí, y se dirige hacia aquí.

JACOBO.—Algo ha fallado, Francisco. Algo ha salido mal. En este momento no puede haber finalizado el banquete. Quizá no haya ni empezado.

FRANCISCO.—Cálmate, Jacobo. Ya ha entrado en el palacio.

Se aleja de la ventana.

Ahora es más importante estar sereno que acertar una adivinanza.

JACOBO.—Si es preciso huir...

FRANCISCO.—Digo que no adivines nada, Jacobo.

JACOBO.—... Dirígete a la casa de Prato, el boticario.

FRANCISCO.—¿Qué dices?

JACOBO.—Antonio di Prato, ya sabes de quien te hablo.

FRANCISCO.—Sí, sí, lo recuerdo muy bien, en eso quedamos. Pero espera ahora a que llegue Maffei; aplaza un poco tus oráculos.

JACOBO.—Prato nos lo debe todo. Nos ayudará.

FRANCISCO.—Pero... Tú no le habrás contado nada.

JACOBO.—¿Crees que soy imbécil? ¿Qué no sé lo que hemos jurado? Pero debemos estar prevenidos frente a cualquier eventualidad, y tengo mis razones para fiar

de ese hombre. Nos lo debe todo.

Entra Maffei.

Venid Maffei y contadnos. ¿Qué ha sucedido?

MAFFEI.—Ante todo, no os alarméis, no hay motivo para ello.

FRANCISCO.—Sentaos, padre, habeis venido muy deprisa.

MAFFEI.—No estoy fatigado.

FRANCISCO.—Os hemos visto desde la ventana. Ahí empezó la alarma de mi hermano.

JACOBO.—¿Qué significa vuestra presencia aquí? Habeis abandonado el banquete, ¿no es cierto?

MAFFEI.—El Cardenal Riario me envía a daros noticias porque piensa que debeis estar informados. Dentro de poco habríais aguardado el griterío, las campanas... Y habríais aguardado en vano, pues no sucederá nada.

JACOBO.—Comprended nuestra impaciencia y explicaos de una vez.

MAFFEI.—El Cardenal Riario desea que no tomeis ninguna decisión por vuestra cuenta, pero quiere también obrar de acuerdo con vos. Por eso demanda vuestra opinión sobre los acontecimientos.

JACOBO.—No los conozco.

MAFFEI.—No ha podido hacerse nada. Montesecco no ha tenido ocasión de realizar el plan.

JACOBO.—Aún es pronto.

FRANCISCO.—Calculábamos que quizá no hubiese empezado la fiesta.

MAFFEI.—Así es. Pero, de cualquier modo, hoy no se podrá actuar.

FRANCISCO.—¿Por qué?

JACOBO.—Acabad.

MAFFEI (*Con una sonrisa*).—Permitidme que antes empiece. Como en nuestro plan, todo lleva su orden.

JACOBO.—Escuchamos.

MAFFEI.—No había nada en el ambiente que delatase la sombra de una sospecha por parte de los Médicis. Como habréis observado, la ciudad se ha despertado como en cualquier otro sábado. La gente estaba informada de la visita del Cardenal Riario y aguardaba impaciente en Vía Larga para ver pasar el cortejo. Su Eminencia fue recibido cordialmente y se cambiaron los presentes.

FRANCISCO.—¿Visteis de cerca a Lorenzo?

MAFFEI.—La sonrisa iluminaba su rostro. Es la primera vez que veo al Magnífico y he sentido que se me oprimía el corazón. No al conocer su rostro, sino al contemplar su sonrisa. Qué frágil es siempre el porvenir del hombre, y cómo parece un niño cuando su destino está en manos de los demás.

JACOBO.—Bien, padre Maffei...

MAFFEI.—Perdonadme. El cortejo del Cardenal llenaba todo el palacio, pero Florencia está desde hace tiempo habituada a estos acontecimientos, y ya habrá presenciado otros con más derroche. Ya os digo: ni una sombra de sospecha. Pero Lorenzo de Médicis, antes de empezar el banquete, le ha dado a Su Eminencia la información

que ha trastornado todo: Julián no puede asistir.

JACOBO.—¿Cómo?

MAFFEI.—Ha tenido esta mañana un accidente de caza. Está en cama, con fiebre muy alta.

FRANCISCO.—Vos, Maffei, ¿qué pensais de esto?

JACOBO.—¿Y el Cardenal Riario?

MAFFEI.—Tranquilizaos, señores. El Cardenal —y mi pensamiento es el suyo— piensa simplemente eso: que Julián no puede asistir porque ha sufrido un accidente de caza y está enfermo. Vosotros, señores, ¿qué sospechais?

FRANCISCO.—¿Nosotros?

MAFFEI.—Sí, ¿qué temores deseais que traslade al Cardenal?

JACOBO.—No sé... pero, en fin... podría pensarse que todo fuera una precaución de Lorenzo porque conoce o sospecha la conjura.

FRANCISCO.—El Cardenal insistió desde el principio, obstinadamente, en que era necesario deshacerse a un tiempo de los dos hermanos.

MAFFEI.—Cierto. Ese ha sido siempre su punto de vista. Y me consta que sigue opinando de la misma manera. Pero estad tranquilos. Nadie sospecha nada, nadie sabe nada. (*A Jacobo*). Guillermo, vuestro hijo, el único que podría haber hablado, no lo ha hecho. Los vuestros están en sus casas y aguardan la noticia. Rocalta se acerca a la ciudad con sus tropas, pero los Médicis ni saben ni sospechan. Agradecen la visita de Su Eminencia; la ven como una mano que les tiende Sixto IV. El propio pueblo de

Florenza no sabe que dentro de poco se lanzará a la calle gritando: «¡Libertad!». Pero permitidme que os comunique las conclusiones a que ha llegado el Cardenal.

JACOBO.—Las aguardo impaciente.

MAFFEI.—La indisposición de Julián de Médicis impide que hoy se haga nada.

JACOBO.—Sí, y todos estamos acordes en que deben desaparecer los dos a un tiempo.

FRANCISCO.—¿El accidente ha sido grave?

MAFFEI.—Parece que no. Según Su Eminencia puede trastocarse el plan en dos sentidos. Uno, eliminar hoy, durante el banquete, al menos a Lorenzo, y quizá intentar llegar después hasta la habitación de su hermano Julián.

JACOBO.—Eso no resolvería nada. Los adictos a Lorenzo lo serían al momento de su hermano.

FRANCISCO.—Los partidarios de los Médicis lo son tanto del uno como del otro.

MAFFEI.—Esa es, como os he dicho, la opinión de Su Eminencia. Y si Montesecco no llega hasta el propio lecho de Julián, lo cual es casi imposible, mañana, esta tarde, ahora mismo, en cuanto cundiese la noticia, las turbas estarían invadiendo vuestros palacios. Las represalias serían lastimosas para todos. No se puede poner, por una ligereza, en peligro la vida de nadie. Ni a la Iglesia de Roma.

JACOBO.—Las razones. Las razones del Cardenal son las nuestras. Hoy no puede hacerse. Pero habéis dicho que el plan puede trastocarse en dos sentidos.

MAFFEI.—El segundo parece más indicado.

JACOBO.—Las tropas de Rocalta están llegando a la ciudad.

FRANCISCO.—Sí, mañana entrarán en Florenza.

MAFFEI.—De no hacerse hoy, habría que hacerlo mañana. El Cardenal me envía, como os he dicho, a solicitar vuestro consejo.

JACOBO. (*Con una mirada a Francisco.*)

¿Y qué consejo voy a darle? ¿Cómo vamos a hacerlo mañana? ¿Qué ocasión tenemos? Vos padre, ¿qué pensais?

MAFFEI.—Yo en esto no soy ni consejero. Modestamente, os traigo la voz del Cardenal. Pero no tengo pensamiento ni opinión. Es ésta una ocasión demasiado alta para mis merecimientos.

JACOBO (*irritado*).—Entiendo muy bien. Sois un hombre de iglesia, humilde, al servicio siempre de más altos intereses. En fin, que no quereis aclarar nada.

MAFFEI.—No os irriteis conmigo, señor. Sólo puedo deciros, si esto os sirve de orientación, que cuando vine hacia aca, Monseñor Riario conversaba con Lorenzo después de haber visitado la galería de las estatuas. Quizá vuelva mañana al palacio; con su séquito, naturalmente.

JACOBO.—¿Vos creéis? Tendríamos una nueva oportunidad.

MAFFEI.—Se lamentaba Su Eminencia de no ser suficiente un solo día para admirar las colecciones de Lorenzo. Como sabeis, también el Cardenal es un gran amante

de las artes. La colección de vasos griegos de su palacio de Roma despierta la admiración de cuantos la visitan. No sería sorprendente que Lorenzo invitase de nuevo para mañana al Cardenal. Y si Julián, como es de suponer, está repuesto, saldría a hacerle los honores.

JACOBO.—Esperémoslo.

MAFFEI.—Y creedme, señor Pazzi, nada más puedo decir. Perdonadme ahora. Autorizadme a que me retire y dadme pronto vuestra respuesta. El Cardenal me rogó que regresase cuanto antes al banquete.

JACOBO (*consulta con la mirada a Francisco.*)

Decidle que lo que él disponga está por mí aceptado.

MAFFEI.—Agradecerá vuestra decisión, señor.

Va hacia la salida, pero se vuelve, de pronto, frenético, hacia los hermanos Pazzi.

¡Pero yo era un simple mensajero!

CUADRO IX

Cueva en la botica de Antonio di Prato.

Resistiéndose, Maffei baja las escaleras de la cueva.

Habla solo, pero como si le acompañase Jacobo de Pazzi.

MAFFEI.—¡Un simple mensajero! ¡Nada más! Insistí en ello, lo recordareis. Ahora deberéis aclararlo. Deberéis aclarárselo a los jueces, o a quienes vengan a prendernos. Porque nos prenderán ... Hemos fracasado, Pazzi, ha fallado el golpe. Yo lo sé. Pero vos repetiréis lo que yo os decía: no tengo pensamiento ni opinión, soy sólo la voz del Cardenal..., ni consejero, ni

consejero soy. No lo habréis olvidado. ¿Os acordáis bien? Os enojábais cuando yo hablaba así, y ahora eso es lo importante. Explicadles bien que ni siquiera ese simple mensajero era yo. Que yo no era. Que había elegido ser otro, ser el Cardenal, o Roma, o la Santa Iglesia. Pero no era yo. Yo no sentía con mis sentimientos, no pensaba con mis pensamientos. Hacía años que no los tenía. Quizá ahora me vuelven de pronto y por eso... ¡por eso debéis salvarme! ¡Para que tenga más tiempo! Si no me ayudais no sólo me condenarán los jueces de Florencia, también Dios me condenará. Pero si me dais tiempo, yo podré procurar mi salvación. Pero para eso debo ser yo, no ser Roma, ni la Iglesia ni el Cardenal.

Se deja caer, desfallecido, sobre uno de los últimos escalones.

CUADRO X

La cámara de Julián de Médicis.

En el lecho, Julián. Junto a él su hermana Blanca y Guillermo, su marido.

GUILLERMO.—¿Te encuentras mejor, Julián? ¿Estás con ánimos para charlar un poco? Parece que el Cardenal Riario quiere subir a visitarte.

Pero Julián no le presta demasiada atención, tiene la mirada puesta en Blanca.

JULIAN (*divertido, refiriéndose a su hermana.*)—No la conozco, Guillermo, ya no la conozco. Ya no entiendo el lenguaje de su mirada. Antes, cuando sólo era mi hermana, me enviaba mensajes por encima del hombro de nuestro padre y yo los descifraba al instante. Pero ahora habla

otro idioma. El tuyo, ¿no es verdad, Guillermo?

GUILLERMO (*que está situado entre Blanca y Julián, se vuelve hacia su mujer.*)—¿Querías decirle algo por encima de mi hombro?

BLANCA.—¿Yo? No le haga caso. Le miraba con pena. Sé lo que es para él perderse un festejo como éste.

JULIAN.—¿Esa mirada quería decir «qué pena»? No sé, no sé... En nuestro lenguaje de antes yo habría leído «qué miedo». ¿Te habla también a ti de esa manera, Guillermo? ¿Con unas lucecitas que enciende y apaga alrededor de sus pupilas?

Guillermo se vuelve a mirar a Blanca.

BLANCA.—Sí, pero siempre le digo lo mismo.

JULIAN.—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! ¡Te amo! ¡Te amo! ¡Te amo! Pero eso no es lenguaje cifrado. Lo entiende todo el mundo. ¿Quién se ama más en Florencia? Y las piedras de Florencia responden a coro: «¡Guillermo y Blanca! ¡Blanca y Guillermo!» No, eso no sirve. Lo bueno de los mensajes es que haya alguien que no los entienda.

GUILLERMO.—Me alegra encontrarte tan animado. Pensé que pudiera ser algo más grave.

JULIAN.—¡Bah! Si no ha sido nada. Lorenzo se obstinó en que me quedase en cama. Pero no me mires con miedo, Blanca. Mañana habrá pasado todo.

BLANCA.—No te miro con miedo.

JULIAN.—Ni con pena. Lorenzo repetirá la fiesta si se lo pido.

GUILLERMO (*aparta la mirada de los dos. Habla como si se consultase a sí mismo.*)

No creo que invite dos veces seguidas al Cardenal

JULIAN.—No, tienes razón. Por cuestiones de política. Para él la política es lo primero —sin descuidar lo demás, se entiende, es un hombre de nuestro tiempo—. Es capaz de perderse una buena fiesta por la prosperidad de Florencia. O por la de la familia Médicis, que viene a ser lo mismo. ¡Eh, tú, Guillermo, míranos! Cuando mi hermana Blanca dejaba de enviarme mensajes con las lucécitas de sus ojos, también me estaba diciendo algo. Y también lo decía cuando no contestaba a mis preguntas. El silencio habla, Guillermo.

GUILLERMO.—Tienes fiebre, Julián, procura reposar.

BLANCA (*se acerca más a Julián*).—Sí, quédate tranquilo.

JULIAN.—Creí que solo eras tú la que me hablaba así, y todos lo hacen en Florencia. Pero la verdad es que casi siempre dicen lo mismo: «¡Cuidado, Julián! ¡Cuidado, Lorenzo! ¡Cuidado, los Médicis!» (*pausa*) «¡Cuidado, los Pazzi! ¡Cuidado, Guillermo!».

Un silencio. Julián señala los ojos de Guillermo y se dirige a Blanca.

Vamos, desciframelo, ¿qué quiere decir ahora?

Blanca mira a los ojos a Guillermo.

BLANCA.—No sé...

GUILLERMO.—Cuidado, Julián.

JULIAN.—¡Bah, qué pérdida de tiempo! Yo siempre tengo

unos ojos dentro que me están diciendo: «Cuidado».

BLANCA (*sin dejar de mirar a Guillermo.*)

Ahora él es mi hermano, pero a veces no entiendo sus signos.

Pone una mano sobre la mano de Guillermo.

Me mira como tú de niño, por encima de los hombros de todos, pero yo no le entiendo. Le miro al fondo de los ojos, avanzo por ellos a tientas como en una larga cueva, y me pierdo sin encontrar nada.

Se vuelve hacia Julián.

¿Sabes cuándo no le entiendo? Cuando él no quiere.

JULIAN (*riendo*).—¡Pues ya les has entendido!

Entra el Cardenal Riario seguido de Lorenzo de Médicis y del padre Bagnone.

CARDENAL.—Señor Julián de Médicis, hijo mío, un joven tan despierto como vos, ¿cómo tiene un accidente en vísperas de una fiesta?

JULIAN (*incorporándose en el lecho*).—Excelencia...

CARDENAL.—No os incorporéis. Sin duda el médico os habrá aconsejado reposo, a falta de más conocimientos por su parte.

LORENZO.—¿Cómo te encuentras, Julián? Pensé que debíamos dejarte descansar, pero el Cardenal mostró tanto interés...

JULIAN.—Se lo agradezco muchísimo. Ha sido un accidente estúpido.

CARDENAL.—Lamentable. Pero, ahora que no nos oye, quizá el estúpido sea el médico.

Se vuelve hacia Lorenzo.

Ya, ya imagino que será el mejor de Florencia. Y Florencia tiene fama en medicina. Pero, por desgracia para todos nosotros, que también el cuerpo tiene su importancia, la medicina está en pañales, como vulgarmente se dice.

BLANCA.—¿Pensais eso, Eminencia? Yo estoy de acuerdo con vos. Los médicos...

CARDENAL.—Los médicos, mi señora Blanca, poco saben de medicinas, menos de enfermedades y nada del cuerpo humano. Confiemos en que pronto se recupere la sabiduría de los antiguos.

LORENZO.—En nuestros tiempos se está dando un gran avance.

CARDENAL.—Pero todavía es poco.

Se ha acercado al lecho.

Una cosa sí es clara. Con fiebre no es bueno asistir a un banquete.

JULIAN.—El médico me ha ordenado dieta absoluta.

CARDENAL.—La fiesta promete otras satisfacciones, pero sin buena alimentación no es fácil disfrutar de ellas. Y a un joven de vuestra vitalidad eso quizá le aumentará la calentura. (*A Lorenzo*). No, no le pido que nos acompañe en la comida.

LORENZO.—Ya veis que no es posible.

CARDENAL (*se vuelve hacia Julián*).—Me iré de Florencia sin haber tenido el honor de compartir con vos el pan y el mantel. Y, en fin, lo que os deseo es que mañana a la tarde ya podais comenzar de nuevo a alegrar los ojos de las

florentinas. Pero, seguid mi consejo, desconfiad de los médicos del cuerpo. Los pobres ignoran demasiado. Yo cuando siento enfermedad —no del alma, que esa está siempre enferma— confío más en las oraciones.

JULIAN.—No descuido las oraciones. Todos confiamos en Dios más que en la medicina.

CARDENAL.—Yo en eso me comporto como una campesina vieja. Me agrada que penseis lo mismo. De vuestro aspecto deduzco que mañana estaréis algo mejorado. ¿Por qué no nos acompañais mañana a Misa Mayor? Quizá os fuera beneficioso; no desgasta tanto una misa como un banquete.

GUILLERMO.—El médico le ha prescrito reposo.

CARDENAL.—Doy por seguro que vuestro Hipócrates florentino, a poco que yo se lo insinuara, encontraría que ese breve paseíto por Vía Larga le vendría muy bien. Yo, por mi parte, en representación de la Iglesia de Roma, estoy dispuesto a certificar que la salud del alma ayuda a la del cuerpo.

JULIAN.—¿Qué piensas tú, Lorenzo?

LORENZO.—Podemos consultar al físico.

CARDENAL.—Para mí sería no sólo un honor sino un placer —que muchas veces significa más— compartir con vos una misa, ya que es voluntad de la Divina Providencia que no comparta un banquete. Inmediatamente después de terminar la misa regresaríais a vuestra cámara.

Se acerca a Lorenzo.

Creo, Lorenzo, que es para todos beneficioso que, por lo menos una vez, el pueblo de Florencia nos vea a los tres juntos. Vos sois Lorenzo de Médicis; yo, en esta ocasión, soy Roma. Pero Lorenzo y Julián son una familia, algo más significativo que ser uno u otro. Sixto IV ama a Florencia, ama a Julián, ama a Lorenzo, pero tengo razones para suponer que siente aún más predilección por la familia Médicis.

LORENZO.—Todo depende del estado en que mañana se encuentre mi hermano.

CARDENAL.—¡Bah! Espléndido. Pensadlo, Julián. Y aconsejadle en este sentido, Lorenzo. Y vos, mi señora Blanca, como hermana suya. Y también vos, Guillermo, sois ahora un Médicis. Siempre que, en verdad, no penseis que pueda resultar perjudicial para su salud. Para la salud del alma hay ese esperanzador punto de contricción en el último instante de la vida, pero la del cuerpo debe cuidarse a cada momento. El tiempo perdido nadie nos lo devuelve. Ni siquiera Dios, para quien el tiempo es bien poca cosa. Y no os robo más tiempo de vuestro reposo, Julián. Si no se realiza con medida, esta obra de misericordia fácilmente se convierte en una tortura.

Se levanta.

CUADRO XI

Interior de la iglesia de Santa María la Mayor.

Los sacerdotes ofician. Hay algunas personas en los bancos. Humos de incienso. Cánticos que vienen del coro. La luz que se filtra por los altos vitrales baña de colores el ámbito del templo.

El padre Maffei, el padre Bagnone y Montesecco cruzan la iglesia y se quedan en un lateral, cerca del muro.

Montesecco ha hecho el recorrido lentamente, mirando a un lado y a otro. Bagnone y Maffei deben hacerle señas de que se acerque.

MAFFEI.—Aguardemos aquí. Está concluyendo la ceremonia.

Pausa. Prosiguen los oficios. Maffei y Bagnone se arrodillan, musitan una oración. Montesecco escucha los cánticos, contempla las luces de los vitrales, el humo del incienso. Se separa unos pasos de sus acompañantes, para observar mejor el templo. Regresa junto a ellos. Se apoya en el muro.

MAFFEI.—Arrodillaos.

Montesecco lo hace.

MAFFEI.—Simulad que rezais.

Montesecco obedece muy torpemente, mientras pasa su mirada de Bagnone a Maffei. Bagnone se levanta con mucha soltura, que contrasta con la rigidez de Montesecco.

BAGNONE.—Voy a comprobar la disposición de los bancos. Regreso enseguida.

Se aleja.

Montesecco está de nuevo entregado al ambiente que le rodea. Llama su atención un cambio de tono en las voces que vienen del coro. Maffei se ha incorporado y está de pie junto al muro.

MAFFEI.—Levantaos, Cassola.

Montesecco no atiende, y Maffei le toca en la espalda.

Levantaos, Cassola.

MONTESECCO.—Perdonad. Olvidé mi nombre.

MAFFEI.—Hay gente en la iglesia. Pudieran oírnos.

MONTESECCO.—Sí, sí. Comprendo.

Quedan un momento en silencio. Concluyen los oficios. La gente comienza a abandonar el templo. Regresa Bagnone.

BAGNONE.—Todo es tal como nos dijo Su Eminencia.

MAFFEI (a Montesecco).—Ahora, cuando hayan salido todos, te explicaremos.

Pero Montesecco no está junto a ellos. Vaga por el ámbito de la iglesia contemplando los altos muros, acompañando con la mirada a los fieles que salen.

BAGNONE (en voz baja).—¡Acércate, Montesecco!

MAFFEI (corrige).—Cassola.

BAGNONE.—Acércate, Cassola.

Pero como éste no hace caso, Maffei va junto a él y le trae.

MAFFEI.—¿No habías visto nunca una iglesia?

MONTESECCO.—De niño. Pero como ésta no era.

MAFFEI.—Ven acá. Vamos a explicártelo todo.

Ya no hay fieles en el templo.

BAGNONE.—Date una vuelta, Maffei. No vaya a quedar alguna beata.

Maffei se aleja a dar una vuelta por el templo.

BAGNONE.—Presta atención. No tenemos mucho tiempo.

MONTESECCO.—Estaré atento.

MAFFEI.—No, por aquí no queda nadie.

BAGNONE.—Es cuestión de vida o muerte no fallar el golpe, Montesecco.

MAFFEI.—Cassola.

MONTESECCO.—Es igual.

MAFFEI.—Atiende. Ven con nosotros.

Se desplazan los tres hacia el altar mayor.

Si sale alguien, no lo olvidéis, somos quien somos: tres personas del séquito del Cardinal Riario que están admirando el templo. Te lo advierto, Cassola, para que pongas en tu mirada todo lo que tengas de artista, o de banquero. Aquí estará la silla de Lorenzo de Médicis. Aquí, junto a él, la de Julián. Tú, estarás aquí detrás, a dos metros de Lorenzo. Ese otro hombre tuyo...

MONTESECCO.—Landini.

MAFFEI (desplazándose).—Aquí, dos bancos detrás de Julián. No ha sido posible encontrar puestos más cerca. Cuestiones de protocolo, ¿comprendes?

MONTESECCO.—Es igual.

MAFFEI.—Deberá saltar por encima de estos bancos.

MONTESECCO.—Es joven y ágil.

MAFFEI.—Bien. Este es el lugar de Lorenzo de Médicis. Ahora no está su silla, pero aquí estará.

Se coloca en posición parecida a la que tendrá Lorenzo.

Y tú estarás ahí... Apenas dos metros. ¿Es fácil hacerlo?

MONTESECCO.—Es fácil.

BAGNONE.—Y aquí estará Julián. ¿Comprendes? Ese Landini, allí...

Maffei ocupa la posición que tendrá Landini.

MAFFEI.—Por esos bancos tendrá que saltar. Aquella es la puerta de la sacristía. No es por ésta por la que debéis huir. Ni por aquella del fondo. Sino por ésta, por la que hemos entrado ahora. En el recorrido hacia esa puerta estarán todos los nuestros. Ellos correrán, gritarán también como los demás, sacarán las dagas, las espadas, pero os dejarán el paso libre, os facilitarán la huida.

Hace tiempo que Montesecco no atiende. No mira a Bagnone ni a Maffei, ni a la puerta que le indican.

MAFFEI.—Esa es la puerta, digo. La misma por la que hemos entrado nosotros. (Va hacia Montesecco). ¿Qué te ocurre?

MONTESECCO.—No lo haré.

MAFFEI.—¿El qué?

BAGNONE.—¿Qué dices?

MONTESECCO.—Que no.

MAFFEI.—¿Que no matarás a los Médicis?

Montesecco no responde.

BAGNONE.—¿Te parece mal trazado el plan? Tiene su riesgo, lo comprendo, pero tu oficio es el riesgo.

MONTESECCO.—No quiero hacerlo.

MAFFEI.—Comprende que no pueden darse más seguridades. Todos los seguidores de los Pazzi estarán entre esta silla y la puerta.

BAGNONE.—Y una vez fuera de la puerta contamos con el pueblo de Florencia.

MAFFEI.—Y con Roma, para protegerte.

BAGNONE.—Por nuestra parte cumpliremos hasta el fin lo pactado.

MAFFEI.—¿Qué nuevo peligro encuentras, Montesecco? ¿Falla algo en el plan?

Montesecco no responde.

BAGNONE.—Contéstanos de una vez. No te quedes callado como un muerto. ¿Por qué no quieres hacerlo?

MAFFEI.—¿Crees que te será fácil volver a Roma después de esto? Es una traición, lo ves claro, ¿no es cierto?

MONTESECCO.—Sí

MAFFEI.—Estás acostumbrado a venderte a unos o a otros y a incumplir el trato en el último instante. Unos te perdonan porque te temen, otros lo olvidan porque puedes serles útil en otra ocasión. Pero esta vez están en juego intereses más altos. No se trata de una carga de seda ni de oro, o de inclinar la balanza de una escaramuza. Es algo más grande, algo que está por encima de todos nosotros.

MONTESECCO.—Sí, muy por encima.

MAFFEI.—Lo comprendes. Tú ya estás en la conjura. Si no llegamos hasta el fin, no faltará quien nos delate. Florencia estará de parte de los Médicis, y ni en la ciudad ni en la Señoría vas a encontrar amparo. Serás solo un asesino que fracasó por cobardía. Tampoco pensarás contar con Roma.

BAGNONE.—Hay un procedimiento para que los Médicis le otorguen su gracia.

MAFFEI.—¿Cuál?

Sin responder, Bagnone mira fijamente a Montesecco. Maf-

fei aguarda un momento la aclaración de Bagnone.

MAFFEI.—No, Montesecco no nos delatará. El sabe que abundan los hombres como él. No sería cara su cabeza. Pero se engaña si cree que el Cardenal permitiría a Jacobo Pazzi una venganza sangrienta. Sólo la limpieza de la causa puede justificar un acto sangriento. Suprimir a un tirano y con él la tiranía puede ser necesario. Pero un asesino como Montesecco sólo es acreedor a misericordia. Siempre tendrá la infinita misericordia divina, pero ya que no por esta traición, por sus delitos anteriores la justicia de los hombres no tardará en descargar sobre él. Más aún si se obstina en prescindir de quienes pueden ayudarle.

MONTESECCO.—Siempre he contado con eso.

Bagnone y Maffei le miran expectantes. Pausa.

MAFFEI (*intentando otro camino*).—No pienso ahora en nuestra sagrada misión ni en el tiempo que corre en contra nuestra. Pienso en ti, en tu vida y en tu salvación. Tú, que tantos crímenes has cometido, que te vanagloriabas de ello, ¿por qué retrocedes ahora ante una acción tan limpia de culpa? ¿Quizá no te atrae, como tú piensas, la violencia, sino el mal? Piensa también en ti mismo. No pienses como nosotros, en Florencia, en Roma, en la Iglesia. Sigue siendo tú mismo, como lo has sido siempre, y piensa en ti. ¿Es sensato, es lógico, es útil, que teniendo ocasión de prestar a la Iglesia un servicio tan grande, sin dejar de ser tú mismo, desperdices esta ocasión de reconciliarte con ella? Si yo, por medio de la oración, del estudio, de lo que es mi vida...

BAGNONE.—Le estás hablando como si fuera la primera vez que se tratara el caso. No fueron necesarios tantos razonamientos.

MAFFEI.—Es cierto. Montesecco comprendió pronto los únicos aspectos de la cuestión que podían interesarle: la utilidad de sus servicios para los fines superiores de la Iglesia y su propia seguridad posterior.

BAGNONE.—Y la bolsa.

MAFFEI.—Sí, la bolsa. Todo lo comprendía, todo lo aceptaba y en todo estaba de acuerdo. Pero ahora, súbitamente, ha cambiado de pensar.

BAGNONE.—Algo ha sucedido, por consiguiente, dentro de él. Y nos lo va a decir, para que se busque el remedio. Vamos, Montesecco, estos asuntos son muy graves y el tiempo apremia. ¿Por qué no quieres hacerlo? ¿Por la bolsa?

MONTESECCO.—No.

MAFFEI.—¿Temes por tu seguridad?

MONTESECCO.—Siempre temo. No más en esta ocasión.

BAGNONE.—¿Escrupulos de conciencia?

Montesecco hace una pausa, mirando a Bagnone.

MONTESECCO.—¿Lo decís con burla?

BAGNONE (*secamente*).—Contesta de una vez, Montesecco. Nosotros también tenemos que rendir cuentas de todo.

MONTESECCO.—No me lo preguntéis. Yo mismo no lo sé. Para hacerlo o no hacerlo no preciso pensar en la Iglesia ni en Florencia ni en mí. Es

una cosa mucho más simple. Para vos, Maffei, todo tiene una causa y una consecuencia, y uno para obrar tiene que estar siempre pesando el pro y el contra. Si yo hubiese procedido así aún no habría hecho nada en mi vida, ni bueno ni malo. Vos, para matar a un hombre, y aún para beberos un vaso de vino, tenéis que revolver todas vuestras tripas, o escarbar en el fondo de vuestra alma, como gustéis. Yo tengo que tener un arma, fuerza en el brazo y las espaldas bien guardadas. Matar a un hombre es meterle un hierro en la nuca. Hay que pensar, sí; hay que pensar en acertar a la primera. Y yo, ahora, no puedo hacer nada de eso.

BAGNONE.—Tienes miedo.

MONTESECCO.—Sabeis que no es eso. Quizás he herido a muchos para demostrar que no lo tengo. Y si lo tengo, si eso que siento cuando empuño el arma se llama así, no ha sido nunca tan fuerte que me impidiera mi propósito.

BAGNONE.—Quizá estemos engañados al pensar que acaba de tomar esta decisión ahora.

MAFFEI.—¿Y esto, qué cambia?

BAGNONE.—Si la ha tomado ayer o esta mañana, puede haber intervenido alguien. Quizá ahora Montesecco sabe algo que nosotros ignoramos.

MAFFEI.—Montesecco no tiene miedo. Pero tampoco valor para traicionar al Cardenal Riario, a la Iglesia, al Papa. Menos aún no estando entre los suyos, sino aquí, entre nosotros. El sabe que no todos piensan tanto como yo antes de obrar.

MONTESECCO.—Esta determinación, como decís, la he tomado ahora mismo.

MAFFEI (A Montesecco).—Y sabes claramente tus razones. Pero no quieres decirlas. ¿Temes no ser comprendido? A veces, el miedo a no ser comprendidos nos empuja al silencio. Si es eso lo que te sucede ahora, habla. Aunque Bagnone y yo seamos torpes en nuestro oficio, nuestro oficio es comprender.

MONTESECCO (después de una pausa, sin mirar a ninguno de los dos.)

Ha sido por el sitio.

BAGNONE.—¿Por el sitio?

MONTESECCO.—Sí, por este lugar. No puedo hacerlo aquí, en la iglesia.

MAFFEI.—¿Cómo dices eso ahora? Cuando hablaste con el Cardenal los dos estábais de acuerdo en que éste era el lugar más seguro.

BAGNONE.—Estarán aquí todos los hombres de los Pazzi y del Cardenal.

MONTESECCO.—Pero aquí, en la iglesia, es muy difícil matar... Mucho más difícil. Imposible.

MAFFEI.—¿Qué diferencia encuentras entre este sitio y otro cualquiera? Si las hay, todas están a favor de éste. Tú te has negado a hacerlo en la Plaza o en Vía Larga, cuando los Médicis vinieran hacia el templo.

MONTESECCO.—Sí, y cuando el Cardenal me lo propuso me pareció este el mejor lugar. Y, según habíamos dicho, durante la misa, en el momento de alzar. Casi todos con los ojos cerrados, me decía el Cardenal... Y era razonable. Pero al venir aquí,

a estudiar el terreno, hemos tenido mala suerte. Celebraban los oficios, cantaban, las velas estaban encendidas, quemaban incienso...

BAGNONE.—Pero, ¿de qué estás hablando? ¿Temes que mañana te deslumbren las velas, que te haga llorar el incienso y se te nuble la vista?

MONTESECCO.—No os burleis, Bagnone. Me estoy jugando la protección de Roma. Lo sé. La de los Médicis la doy por perdida. No estoy tranquilo, podéis comprenderlo. No me gusta matar en la iglesia, pero fuera de ella las cosas cambian.

Bagnone, quizá comprendiendo la amenaza de Montesecco, se queda en silencio.

MAFFEI.—Yo no me burlo, pero comprendo las razones de Bagnone para burlarse.

MONTESECCO.—Utilizad algo de vuestra comprensión conmigo y acabemos este asunto. El Cardenal necesita tiempo para tomar una decisión.

MAFFEI.—Has dado unas razones que no paracen tuyas. Como si lo que saliera de tus labios no naciese en tu alma ni en tu cabeza. A veces, uno se comporta como si fuese otro.

MONTESECCO.—Cuando está endemoniado.

MAFFEI.—Y sin necesidad de estarlo.

MONTESECCO.—No entiendo. No entiendo. Ni necesito entender. Tengo ya mi propio modo de ver las cosas y no voy a cambiarlo.

MAFFEI.—Y, sin embargo, lo has cambiado al encontrar un sitio en el que no se puede matar.

MONTESECCO.—Pero lo he encontrado yo, Montesecco. Y todo lo que hace Montesecco es una acción de Montesecco. Aunque sea lo contrario de lo que pudiera hacer. (*Mira a uno y a otro*) ¿Eh? ¿Qué os parece? ¿Está bien razonado o no?

MAFFEI.—Quizá lo esté.

MONTESECCO.—Y cuando se quiera saber cómo era Montesecco habrá que decir: es aquel que no quiso matar en la iglesia.

BAGNONE.—Aquel que tuvo miedo en la iglesia.

MONTESECCO.—Sí, aquel que tuvo miedo de matar en la iglesia.

BAGNONE.—Era miedo.

MAFFEI.—¿Es miedo?

MONTESECCO.—No sé... Sólo sé que aquí no puedo matar. Esto infunde respeto.

MAFFEI (*ingenuamente convencido, y convincente.*)

¿Respeto? Es natural que infunda respeto. Pero no a ti. Ni a nosotros, cuando la causa es limpia. Lo que importa es el móvil, no la acción. Menos aún el sitio.

MONTESECCO.—No sé, no sé...

MAFFEI.—¿No infunden respeto los hogares? ¿No lo infunden los ancianos? ¿Y las mujeres? Y el propio campo, ¿no debe infundir respeto? ¿No es todo obra de Dios? ¿Cuándo has respetado tú algo? Ni siquiera a una mujer...

MONTESECCO.—Sé por lo que habláis así, por lo que os conté la noche de la tormenta, cuando íbamos a casa de vuestro padre. Pero a aquella que os dije, tampoco la habría matado aquí. No, aquí,

con esta luz, con ese olor no habría podido hacerlo.

BAGNONE.—El incienso.

MONTESECCO.—Lo hice de noche, en el campo. Casi sin luz. Sólo la luz de la luna. Y las ramas y las hojas de los árboles medio la ocultaban. Y con mi olor de siempre. Allí, en el campo y de noche, todo es distinto.

BAGNONE.—¿Y qué pretendes? ¿Qué convenzamos a Lorenzo para que salga mañana de cacería?

MONTESECCO. — Ponedme, como se había tratado, en palacio a los postres de un banquete, cuando ha corrido el vino...

MAFFEI.—Todos preferíamos eso, pero no pudo ser.

MONTESECCO. — Espéremos otra ocasión.

MAFFEI.—No hay tiempo.

MONTESECCO.—Y os digo que no se trata de que no quiera hacerlo, ni de que retroceda ante los Médicis. Ponedme en una calleja oscura, que sólo se oigan las pisadas.

BAGNONE.—En fin, en cualquier parte, menos donde se puede hacer.

MONTESECCO (*sin prestarle atención*).—Sí, ya sé, todo eso da respeto, decís. La calleja, el campo, los árboles, la luz de la luna, y hasta los manjares y el vino... No lo entiendo. No lo entiendo, perdonadme. A mí no me lo da. No tiene por qué dármele. Es lo mío de siempre.

MAFFEI.—Luego, según tú, las cosas que son de uno, las que le rodean, las que se tienen a diario, no merecen respeto.

MONTESECCO.—No sé...

No sé... Pero aquella noche estábamos ella y yo cerca del torrente. Mis hombres habían bebido y cantaban. Me dejaron allí solo con ella, cerca de la cueva. Ella se resistió, llegó a arañarme, a moderme. Pero lo decisivo es que estábamos en el campo y era de noche.

MAFFEI.—¿Y tú que no crees en el pecado, o que desprecias el castigo divino, cuando llega el momento de matar consideras mejor el campo que la iglesia, la noche que el día?

MONTESECCO.—Así es.

MAFFEI.—Escúchame, Montesecco, empiezo a pensar lo mismo que el padre Bagnone: eso se llama miedo. No tiene otro nombre.

MONTESECCO.—No sé... Pero... Recordaréis esto. Es noche cerrada y amenaza tormenta. Un clérigo va por el camino. Ha de llegar presto a Florencia, pero se desvía para hacer una visita a su señor padre. Se encuentra solo en medio del bosque. No hay ni una luz. Ni un reflejo de la luna. Ni una estrella. Oye el rumor del torrente. ¿Qué le ocurre entonces al pobre clérigo?

MAFFEI.—Tiene miedo.

BAGNONE.—¿A qué viene este relato?

MAFFEI.—Yo sé por qué lo dice. El clérigo era yo. Esa noche conocí a Montesecco.

MONTESECCO.—Sí, miedo. Referidle a Bagnone cómo era el pavor de aquel clérigo, cómo rezaba a gritos. Y no tenía que matar a nadie. El clérigo tenía miedo en el campo, en la noche cerrada. Yo tengo miedo aquí.

BAGNONE.—Luego es miedo.

MONTESECCO.—Sí; miedo a las velas, a las imágenes, a los cánticos, al incienso...

BAGNONE.—¿Hemos de creerlo?

MONTESECCO.—Pensad lo que gustéis.

MAFFEI.—No es fácil creer esto a un hombre como tú. El Cardenal Riario...

MONTESECCO.—¿Por qué no ha de creerme el Cardenal? Yo le hablaré como a vosotros.

BAGNONE.—No tienes miedo a la justicia humana, no lo has tenido nunca, o, al menos, el temor nunca ha sido suficiente para detener tu brazo. ¿No es así?

MONTESECCO.—Así es.

BAGNONE.—Ni siquiera has temido nunca a la cólera divina, a las llamas del infierno.

MONTESECCO.—He procurado no pensar en eso.

BAGNONE.—Y pretendes hacernos creer que te espantas, en una acción como ésta, ante unos cánticos, unas imágenes de madera, las llamas de unos cirios...

MONTESECCO.—Así es. Vos entendéis más de todo esto, al menos habéis consagrado vuestra vida a ello. Por eso teméis a Dios, a una fuerza que está por detrás de las cosas, por detrás de todo, por encima de todo. Yo, en cambio, tengo miedo a las cosas. No me llegan mis ojos a más.

MAFFEI.—Tienes miedo a unas cosas; a otras, no.

MONTESECCO.—Sí; y a vos igual os sucede. Veis a vuestro diablo tras unas cosas y tras otras no. Quizá le oyérais en el rumor del torrente y en el fragor de la tormenta. Y en

la noche viérais las negruras de la condenación y en las exhalaciones el fuego del infierno. Hoy, aquí, yo he visto y he escuchado a Dios. Y he sentido un punto que le temo como vosotros al diablo. He oído a Dios en esos cánticos, en los rumores de las beatas; lo he visto en la luz de los vitrales y en las llamas de los cirios.

MAFFEI.—Dios no es nada de eso.

MONTESECCO.—Para mí, sí lo es. (*Obstinadamente*) Sí lo es. Vosotros miráis hacia esa luz (*señala el vitral*) y veis sólo cristales de colores. Quizá pensais en la calidad del vidrio, en el precio del plomo, en la habilidad del artista, en si es trabajoso limpiarlo. Cuando escuchais el cántico, sentís si un sochantre desafina, y un cirio no puede significar para vosotros lo mismo que para la mujer que os lo entrega porque no la azote su marido.

MAFFEI.—Son nuestras cosas familiares.

MONTESECCO.—Para mí todo eso es de Dios. El Dios con el que queréis siempre amedrentarnos. Ya lo habéis conseguido; aunque en mala ocasión para vosotros. Yo veo y oigo a Dios aquí, y no mataré cuando lo tenga delante.

MAFFEI.—¿Y tus hombres?

MONTESECCO.—Mis hombres sólo harán lo que yo haga. Y yo no lo haré. Decídselo al Cardenal. Que me ponga al Médicis en su palacio, en una calleja oscura, en el campo... O si no, que lo mate él. ¡El no teme a los cirios, ni al incienso, ni a las imágenes...! ¿No es cierto?

Se va exaltando Montesecco. Comienza a cambiar la luz. De

una manera irreal el templo se va iluminando. Este cambio de luz no existe para los personajes.

MAFFEI.—Sí, es cierto. Nosotros no sentimos temor en el templo. No más temor que en otro lugar.

Muy débil, aumentando poco a poco, va sonando la música que acompaña a la Misa Mayor. Lentamente y en silencio se va poblando el templo con los cortejos de los Médicis y del Cardenal Riario.

MONTESECCO.—Pues probad, probad vosotros, y decidme luego qué pensais cuando en el momento de alzar, estando los Médicis de rodillas...

Efectivamente, los dos hermanos Médicis han entrado y se han arrodillado en sus reclinatorios tal como lo describe Montesecco.

MONTESECCO (*acercándose a los Médicis y señalándolos.*)

... con los ojos en tierra, empecéis a sacar el puñal. ¡Decidme lo que pensais entonces!

MAFFEI.—Nosotros no pensamos cuando ya ha pensado la Santa Iglesia.

Van Maffei y Bagnone a ocupar sus puestos en los bancos. Suena ahora la música en toda su intensidad. Montesecco ha quedado solo en primer término. No se dirige ya a los otros.

MONTESECCO.—No, no lo haré... Ni vosotros... Se os nublaría la vista, os temblaría el pulso, no os obedecerían vuestras piernas, el puñal se os caería al suelo... No lo haré. Tengo que oír el silbido de la hoja al salir de la vaina, tengo que oír mi grito al dar la cuchillada, y no oír

más que esos cánticos. Tengo que ver la nuca del Médicis y no veré más que los cirios, la luz de los vitrales... No lo haré, no lo haré.

Rápidamente, Montesecco sale de la iglesia. Cesan los cánticos y la música. En el silencio, tinte la campanilla del monago. Algunos fieles que estaban en pie, se arrodillan. Maffei se incorpora, desenvaina el puñal, salta sobre los bancos lanzando un grito y apuñala a Lorenzo de Médicis. Vocerío, confusión. Desaparece toda la luz menos la que ilumina al grupo de Maffei y Lorenzo. Tocan a rebato las campanas. Oscuro total.

CUADRO XII

La botica de Antonio di Prato.

Acaba de cerrarse la puerta de la cocina tras Jacobo y Maffei.

BEFFONE.—¿Vais a esconderlos, micer Antonio? ¿Y si Lorenzo no ha muerto?

ANTONIO.—¿Qué harías tú, Beffone?

BEFFONE.—No sé.

ANTONIO.—Ve a abrir, Beppo. *(a Beffone)*. Ni una sola palabra de lo que ha sucedido.

BEFFONE.—Dios me guarde.

Beppo ha abierto la puerta. Entra Blanca, fatigada, llorosa.

BLANCA.—¡Micer Antonio!

ANTONIO.—¡Donna Blanca! ¿Vos aquí?

BLANCA.—¡Micer Antonio, quieren matar a Guillermo! ¡Todos vosotros sabéis que él no ha entrado en esta conjura! ¡Tenéis que ayudarme!

ANTONIO.—Señora, os confundís. No sé de qué me hablais. De algo estoy infor-

mado por mi hija, pero podéis estar segura de que yo jamás habría intervenido en nada contra vuestra familia. Soy un modesto artesano y esas cosas son de señores.

BLANCA.—No temais nada, micer Antonio. Nada puede ocurrirle al que me socorra. Teneis la palabra de los Médicis.

ANTONIO.—Pero, señora, os digo...

BLANCA.—Busco a Jacobo de Pazzi. El sabe que Guillermo no ha intervenido. Vos sois adicto de los Pazzi. Pensé que vos...

ANTONIO.—Yo, señora, tampoco he intervenido en nada. Mi hija ha tenido la desgracia de presenciar la muerte de Lorenzo y de Julián...

BLANCA.—¿Qué decis? Lorenzo no ha muerto.

ISABELA.—Yo le ví sangrante.

ANTONIO *(en voz baja, a Beppo)*.—Haz subir a Jacobo de Pazzi.

Beppo sale.

BLANCA.—Llegó hasta la sacristía. Los asesinos, dos hombres del Cardenal Riario, dos clérigos, le siguieron hasta allí. Mas no lograron entrar. Ahora llevaban al palacio a Lorenzo. ¿No sabéis nada de Jacobo de Pazzi? ¿A quién puedo dirigirme?

Antonio la mira un momento. Luego abre la puerta de la cocina. Blanca mira, anhelante, hacia la puerta.

ANTONIO.—Señor Jacobo, perdonadme; todo esto es demasiado para mí, y no sé si me comporto bien. Blanca de Médicis quiere veros. *(Pausa.)* Salid.

Salen Jacobo y Maffei. Blanca se abalanza sobre Jacobo.

BLANCA.—¡Señor Jacobo, venid, venid conmigo! ¡Van a matar a Guillermo!

JACOBO.—Guillermo no ha intervenido.

BLANCA.—¡Vos lo sabéis! ¡Vos teneis que decirlo! ¡Es vuestro hijo! La gente está enloquecida. ¡Sólo piensa en matar, en vengar la muerte de Julián!

Se detiene bruscamente y mira con fijeza a Maffei. Quedan todos en silencio. Siguen la mirada de Blanca.

Este... este es el asesino... el clérigo que hirió a Lorenzo...

Maffei permanece estático. Solo sus ojos buscan una salida imposible. Antonio se vuelve despacio hacia Jacobo.

ANTONIO.—Señor Jacobo de Pazzi, me habeis mentido.

JACOBO *(nervioso, apremiante, con cierta autoridad despectiva.)*

Micer Antonio, estos no son negocios vuestros. Contribuid a que no se vierta más sangre. Blanca de Médicis es hija mia; no hará nada contra nosotros. Vamos, volvamos a la cueva. Y sacadnos en cuanto anochezca, por atrás, con ropas vuestras.

Va hacia la cocina, Blanca le detiene.

BLANCA.—¿Y Guillermo?

JACOBO.—Lorenzo le protegerá. Pero a nosotros, ¿quién?

Los demás callan. Beffone se ha movido hacia la puerta de la cocina y la ha cerrado, quedando ante ella. Al ruido, Jacobo se vuelve.

Abrid...

BEFFONE.—Lorenzo de Médicis no ha muerto.

Insensiblemente, Beppo, Lucrecia, Beffone, Isabela, van formando como un cerco frente a Jacobo y Maffei. Aunque ellos no se han movido, quedan también componiendo el cerco Antonio y Blanca. Anhelante, rompe el silencio Jacobo.

JACOBO.—¿Qué pensais? ¿Qué vais a hacer?

Silencio.

MAFFEI (tembloroso).—Van a entregarnos... Sí, van a entregarnos... Lorenzo no ha muerto... Todo está como antes... ¡No, no hagais eso!

Se adelanta, viene a primer término traspasando el cerco, dejándolo atrás. Los demás personajes quedan en segundo término. Maffei no se dirige a nadie, pero habla como si lo hiciese a los demás personajes que han quedado en segundo término.

MAFFEI.—¡Yo soy un hombre de la Iglesia! ¡Ya no os pertenezco! ¡Ni pertenezco a nadie ni me pertenezco a mí! ¡Yo soy de la Iglesia! ¡Caera sobre vosotros la eternidad!

Calla, espera una respuesta, pero todos, al fondo, siguen quietos y en silencio. Cae de rodillas, suplicante.

¡Salvadme a mí, salvadme! ¡A mí no me ha movido interés alguno! ¡Ellos son los Pazzi, los Médicis! Pero yo no soy nadie... Nada he pensado. No tengo pensamiento ni bueno ni malo. Soy sólo un siervo, un esclavo de la Iglesia de Roma, de la Santa Iglesia... Soy sólo un brazo que se ha movido cuando otro cerebro ha pensado. Yo estoy libre de culpa. ¡Salvadme a mí! ¡Yo no soy un asesino! ¡No soy un hombre! ¡Soy sólo una cosa, un arma esta vez, pero no

mía, un arma de la Iglesia! ¡De la Santa Iglesia de Dios!

Un instante de silencio. Maffei respira entrecortadamente. Isabela se lanza hacia la puerta, la abre y grita hacia la calle.

ISABELA.—¡Aquí están los asesinos! ¡Aquí están los asesinos de los Médicis!

CUADRO XIII

Calles de Florencia.

Griterío. Suenan las campanas.

Como conducido, arrastrado, por un grupo de gente del pueblo, va por las calles, solo, Esteban Maffei.

MAFFEI.—No, no me resisto... Llevadme donde queráis... Sé que ya todo ha concluido para mí. Que ha concluido quizá antes de empezar. ¿Sabéis a quién vais a ajusticiar? Si lo sabéis, decidmelo un instante antes de darme muerte, para que por lo menos pueda vivir ese instante. Hombres de Florencia, vosotros creéis que yo soy una voluntad que ha empuñado un arma, que todos los actos de mi vida, elegidos por mí, conducían a este desenlace. Pero preguntadles a ellos... A Claudia, que echaba flores en el torrente... A mi padre, que quería ahogar su rencor con mi victoria... A Montesecco, que sintió el terror en la hora de sentirlo... A los Pazzi, al Cardenal Riario... Ellos os dirán que yo era sólo el arma.

CUADRO XIV

En el Palacio Pazzi.

El Cardenal Riario y Maffei.

CARDENAL.—Grave situación, Maffei. Porque todo lo que habéis hablado en la iglesia con Montesecco es muy cierto. Lo que ha dicho Montesecco y lo que habéis dicho vosotros. Es muy cierto. Y de

esa certidumbre debemos extraer nuestra manera de obrar. Otra salida no nos queda. Porque hay que realizar esta acción aun en contra de todas las circunstancias.

MAFFEI.—¿Tenéis ya algún proyecto, señor?

CARDENAL.—Sí, el que os estoy exponiendo. El que se desprende de lo que Montesecco, Bagnone y vos habéis razonado. Es como una parábola... El clérigo en la noche oscura, noche tormentosa, perdido en el bosque, junto al torrente, tiene pavor... No es la circunstancia más adecuada para que al clérigo no le tiemble el pulso al empuñar un arma. Y el pulso no debe temblar. En un templo, ante las imágenes, entre la luz de los cirios y los vitrales, envuelto por el cántico gregoriano, la mano del asesino tiembla más que la del clérigo. ¿Vos temblaríais, Maffei?

MAFFEI.—Es tarde ya para preguntar eso. Yo no me lo pregunto. Sé que tengo que hacerlo y con eso me basta. Lo sé desde que empecé a razonar con el bandido. Esta era mi obra y no la suya.

CARDENAL.—Nuestra causa es alta; como, en otra medida, lo es la de los Pazzi. Ellos hacen un servicio a Florencia y a la libertad. Nosotros se lo hacemos a la Iglesia de Dios. Montesecco lo hubiera hecho sólo por la bolsa. Y ésa es una causa pequeña para una acción tan grande. Pero ¿temblaréis?

MAFFEI.—Si tiemblo, no será por los cirios.

CARDENAL.—No hay otra razón, Maffei. Vuestra vida está garantizada. Y vuestra alma está al servicio de la Iglesia. Un religioso joven como vos, está siempre a la

espera de ocasiones en que ser útil a Dios y a Roma.

MAFFEI.—No soy un monje contemplativo, señor. He elegido este camino.

CARDENAL.—El más duro.

MAFFEI.—Sé que ésta es una gran ocasión. Y aunque no lo fuera, no me negaría. Mi voluntad y mi pensamiento son del Papa.

CARDENAL.—Dios te lo premiará en la vida eterna. Y en ésta, Sixto IV y yo sabremos recompensarte.

MAFFEI.—Agradezco vuestras palabras, pero no es preciso que os dilatéis en vencerme. Sé que lo he de hacer.

CARDENAL.—No he querido hablarte a solas para convencerte, sino porque en ti tengo menos seguridad que en Bagnone.

MAFFEI.—Señor...

CARDENAL.—Sí, el trance es difícil.

MAFFEI.—Eminencia, ¿puedo preguntaros por qué no tenéis seguridad en mí?

CARDENAL.—No he dicho eso. Sólo que tengo menos seguridad que en Bagnone. El es más recio, más fuerte. Me le imagino más diestro en el manejo de las armas.

MAFFEI.—Yo haré un esfuerzo por recordar.

CARDENAL.—Pulso firme, Maffei. Es preciso acertar a la primera. Cada segundo que los Médicis estén vivos es un siglo de peligro para la libertad de Florencia y para la gloria de la Iglesia.

MAFFEI.—Lo sé, señor.

CARDENAL.—Reposa esta noche cuanto puedas. Mañana deberás tener los mús-

culos distendidos. Recuerda: toda la fuerza en el puño, la mirada en la nuca. Tú y Bagnone os ocuparéis de Lorenzo. Francisco de Pazzi y Bernardo Bandini, de Julián, que es aún más diestro que su hermano. Aunque ésta es una precaución innecesaria, pues el logro del plan reside en que en el lugar y en el momento elegidos ninguno de los dos tendrá tiempo de defenderse.

MAFFEI.—Confiad en mí, señor. Como en Bagnone.

CARDENAL.—Te veo dispuesto y confío, Maffei. Pero necesitaba verte así, a solas, frente a frente. Desde que tu padre te confió a mí te he estado preparando para una gran ocasión y me congratula ver que cuando ha llegado te muestras digno de ella.

MAFFEI.—Os lo agradezco, señor.

CARDENAL.—En cuanto los Médicis caigan se producirá gran tumulto, pero los hombres de los Pazzi estarán a vuestro lado. Vosotros iréis hacia la puerta de Vía Tarentina. En fin, todo se producirá como antes de la traición de Montesecco. Dios le proteja. El error fue mío al escuchar a mi hermano. No era Montesecco un hombre digno de la ocasión. ¿Tú tienes alguna duda, alguna inquietud?

MAFFEI.—No, señor.

CARDENAL.—Francisco de Pazzi y Bernardo Bandini tampoco la tendrán. Ya me habían pedido sustituir al hombre de Montesecco, pero no lo consideré prudente. Así como ahora considero prudente utilizar cuatro hombres en vez de dos para compensar con el número la falta de destreza. Bagnone tampoco tendrá dudas ni inquietudes. Pero tú...

MAFFEI.—Yo tampoco, señor, creedme... No dudéis de mis palabras ni de mi decisión. Siento ahora, en este momento, una gran serenidad. Me acompañará hasta mañana. Nunca como ahora había experimentado el infinito descanso que supone estar en el seno de la Iglesia y con qué confianza y seguridad puede actuar un hombre que se ve liberado del pensamiento. Si los incrédulos, los que dudan, los que no se han sabido emplear su razón como azada para desenterrar la fe, pudieran contemplar ahora el interior de mi ánima, morirían de envidia. No puede haber mayor tranquilidad, mayor goce que éste de no sentirse criatura humana, hombre completo, sino un simple brazo de la voluntad de Dios. Porque mañana en la Catedral no estaré yo, no estará mi voluntad ni mi pensamiento, que mi pensamiento, mi voluntad y yo estamos siempre en el seno de la Iglesia de Roma, sino que estará sólo mi brazo.

CARDENAL.—Recuerda: los músculos distendidos, la fuerza en el puño.

MAFFEI.—Sí, Eminencia.

CARDENAL.—Ve a avisar a Bagnone, a los Pazzi, a Bernardo Bandini. Diles que debemos reunirnos ahora mismo.

MAFFEI (*yendo hacia la puerta*).—Sí, Eminencia.

CARDENAL.—Y que Dios bendiga tu brazo, hijo mío. (*Maffei sale.*)

CUADRO XV

Calles de Florencia.

Maffei en el mismo lugar en que quedó en el cuadro XIII.

MAFFEI.—Yo era sólo el ar-

ma, ¿habéis comprendido? En vez de un hombre era una cosa...

Aumenta el griterío. Maffei grita para hacerse oír.

¡Mi voluntad...!

Pero las voces ahogan sus palabras.

VOCES MULTITUD.—¡A la horca con él! ¡Colguémosle de la torre!

MAFFEI.—¡Piedad! ¡Piedad! ¡Soltadme!

Cuando está a punto de salir arrastrado, algo ve de repente hacia el lado opuesto de la calle.

¡Esperad! ¡Esperad sólo un instante! ¿No la veis? Es Claudia.

Silencio. Cesan las voces y las campanas.

Pasábamos las tardes en el bosque, recogiendo flores.

Va hacia un extremo de la calle por el que, lentamente, llega Claudia, una niña como de doce años, con una brazada de flores. Maffei se acerca a ella.

MAFFEI.—Claudia..., ¿has venido a hablarles, a defenderme? Explícales, Claudia... Diles algo, o dímelo a mí.

CLAUDIA (*habla con naturalidad, con una naturalidad fría, convencida, que por contraste con la situación y con el tono de Maffei, resulta completamente lejana. Su intención es de suave reproche*).—No recogías las flores, Esteban. Me querías, pero ni me lo decías a mí ni lo hablabas contigo, y no recogías las flores. Yo elegía la más bella, la que más quería. La echaba al torrente. Y tú no la recogías. No la recogías nunca. Lo recuerdas, ¿verdad? Ni siquiera lo intentabas. Ni una sola vez.

MAFFEI (*alejándose de Claudia*).—Sólo por las tardes íbamos al bosque y llegábamos junto al torrente. Pero nunca había llegado hasta el torrente de noche. Nunca hasta hace muy poco, hasta la noche de la tormenta. Pero también a la luz del día me daba espanto. Una mañana fui hacia allí sin que ella me acompañase. Lo contemplé desde arriba. Arranqué unas flores del suelo. Las arrojé. Ordené a mis piernas que avanzasen. Los pies se me clavaron al suelo y las piernas temblaron y entre las lágrimas vi cómo el agua se llevaba las flores. Hoy, en cambio, he dado una prueba de mi valor.

CARDENAL (*Ha aparecido por el extremo opuesto de la calle. Habla también con cierto aire de reproche, y con la misma naturalidad que Claudia. Excepto Maffei, los demás personajes de este cuadro deberán parecer excesivamente cotidianos.*)

Pero te ha temblado el pulso, Maffei...

Maffei, precipitado, va hacia él.

MAFFEI.—Eminencia, Eminencia... A tiempo llegáis, sólo vos podéis ayudarme...

CARDENAL (*sin escucharle*).—No has dado una prueba completa de tu valor. Tu pulso...

MAFFEI (*le interrumpe*).—Decidles a éstos, a las gentes de Florencia, que quieren colgarme, que yo...

CARDENAL.—Maffei, ya nadie puede ayudarte. ¿Por qué te ha temblado el pulso?

MAFFEI.—Perdonadme, no conseguí controlarlo. Pero hice todo lo que pude, os lo aseguro. Hice todo lo que pu-

de, en la medida de mis fuerzas, por vos, por la Iglesia. Ahora vos podéis hacer algo por mí.

CARDENAL.—¿Ahora? Es ya demasiado tarde.

MAFFEI.—Sí, pero entendedme, Eminencia. Yo trabajaba para la eternidad y ahora sólo pido un poco de tiempo. Porque ahora lo siento por primera vez. Y necesito tiempo, un poco más de tiempo para vivir.

CARDENAL.—Yo no mando en el tiempo, déjate ahora de esas cosas. Si tu brazo, en aquel momento...

MAFFEI.—Estoy seguro de que si les convencéis de que me suelten... Vos podéis conseguirlo explicándoles que yo no era nada, sólo una cosa vuestra. Explicándoles que ahora es cuando empiezo a ser algo más... Si les convencéis de que me suelten, y puedo vivir un tiempo más, un día, unas horas, podré pensar, elegir... Y quizá elija la Gloria. La Gloria, Eminencia, en vez del Infierno.

CARDENAL.—Maffei, no desvaríes, ¿tú qué sabes? Tú no sabes nada. ¿Cómo sabes que vas a ir al infierno?

MAFFEI.—Si ya estoy en él, ¿cómo no voy a saberlo?

CARDENAL.—Te lo dije. ¿Recuerdas mi inseguridad? ¿Por qué no dominaste ese temblor? Si hubieses matado a Lorenzo, ahora la república estaría en Florencia, las gentes correrían por las calles gritando: ¡Libertad!, tú serías un héroe y tendrías por delante mucho más tiempo de ese que ahora me pides.

MAFFEI.—Yo estaba seguro de mí, Eminencia.

CARDENAL.—Te conocías

mal, Maffei, muy mal. Si te hubieras vuelto con frecuencia sobre ti mismo, si hubieras conseguido penetrar dentro de ti, no habrías ignorado que la mano te había de temblar. Y me habrías dicho: «Cardenal, no puedo hacerlo.» ¿Por qué no lo dijiste? ¿Quién te obligaba? Ya ves, por una desidia tuya, se ha estropeado todo. ¡Con lo bien preparado que estaba!

Maffei se separa del Cardenal, que desaparece.

MAFFEI.—Yo no me conocía a mí mismo, como tampoco se conocen las bestias. Por eso os pido: dadme ahora un plazo para mi vida de hombre. No me dejéis solo en la noche, perdido en la tormenta.

Va al otro lado de la calle y se arroja a los pies de su padre, que acaba de entrar.

¡Van a matarme, padre!

PADRE.—Hijo mío, Esteban... ¿Por qué no me dijiste cuando estuviste en casa que se trataba de eso? Con un acto así has destrozado todas nuestras posibilidades. ¿Qué será ahora de la familia Maffei? Tú ya sabías aquella noche lo que ibas a hacer, ¿verdad? ¿Por qué no me lo dijiste?

MAFFEI.—¡No, padre; no lo sabía!

PADRE.—Sí, lo sabías. O lo temías. Yo te hubiera aconsejado: «No lo hagas, espera otra oportunidad de prestar servicios. Estas hazañas de riesgo, de violencia, no son para ti, hijo mío. Tú siempre has sido débil, inseguro...»

MAFFEI.—¡Padre, van a matarme!

PADRE.—Y contigo va a morir mi esperanza. Tus herma-

nos no son más que dos campesinos. Y eso, nada más que eso, serán ya los Maffei por muchísimos años. Quizá para siempre.

El padre inicia marcharse, pero Maffei le detiene.

MAFFEI.—Padre, yo no soy culpable de nada. Acabo de nacer ahora, frente a mi muerte. Siempre ha visto únicamente el mañana que tú me indicabas. Pero ahora soy sólo una mirada que ve hacia adentro, hacia adentro de mí. Y allí estoy yo que me devuelvo otra mirada acusadora. Padre, no me dejes...

Intenta retenerle, pero el padre se suelta. Le mira largamente a los ojos; luego, despacio, desaparece.

MAFFEI (*alza la cabeza*).—Dios mío... Dios mío... ¿Esto es temor o es arrepentimiento? Sólo Tú lo sabes. Pero sé más generoso conmigo de lo que yo lo soy. No me juzgues, Dios mío. Me encuentro solo ahora, y lo he estado siempre. Pero no he sabido estarlo.

Entra Montesecco.

MONTSECCO.—Vamos, padre, no os muráis antes de tiempo, que a éstos no les divertirá colgar un cadáver. A ellos lo que les gusta más son los gritos, los retorcimientos del cuerpo y ver cómo la lengua sale poco a poco hasta quedar colgando.

MAFFEI (*gritando*).—¡El, él tenía que hacerlo! ¡El fue quien aceptó cometer el crimen! ¡El sabe que yo...!

MONTSECCO (*imitándole y gritando más que él*).—¡El fue quien cometió el crimen cuando me negué a realizar un acto tan inicuo! ¡El empuñó el arma homicida!

MAFFEI (*sobre las últimas palabras de Montesecco*).—¡Pero si Montesecco en un principio no hubiera aceptado...!

Y ahora hablan, gritando, los dos a un tiempo. Montesecco siempre haciendo burla de Maffei.

MONTSECCO.—¡Nunca hay más que un culpable! ¡El que derrama la sangre de la víctima!

MAFFEI.—¡...No se hubiera podido planear nada, y jamás yo hubiera tenido ocasión...!

Las carcajadas de Montesecco ponen fin al párrafo de Maffei.

MONTSECCO.—No os esforcéis, nadie os escucha y aquí no se salva ninguno. Ya se bambolea en la plaza vuestro amigo el padre Bagnone, y en este momento están alzando a nuestro querido protector Francisco de Pazzi. No me sorprendería que el próximo fuera yo, porque, aunque me retiré a tiempo, los ánimos están muy exaltados. De cualquier modo, tuve un buen golpe de vista en la iglesia, ¿verdad, Maffei? A propósito, padre, allí había un hombre sin conciencia. ¿Quién era?

Sale.

Vuelven de nuevo las voces de la multitud, el ruido de las campanas.

MAFFEI.—¡Soltadme! ¡Soltadme!

Va por la calle como arrastrado.

¡Quiero tiempo, tiempo para vivir de nuevo! ¡Tiempo para pedir perdón a Dios! ¡He matado! ¡He matado a un hombre! ¡Perdóname, Esteban Maffei! ¡Perdóname, Esteban Maffei! ■ F. F. G.